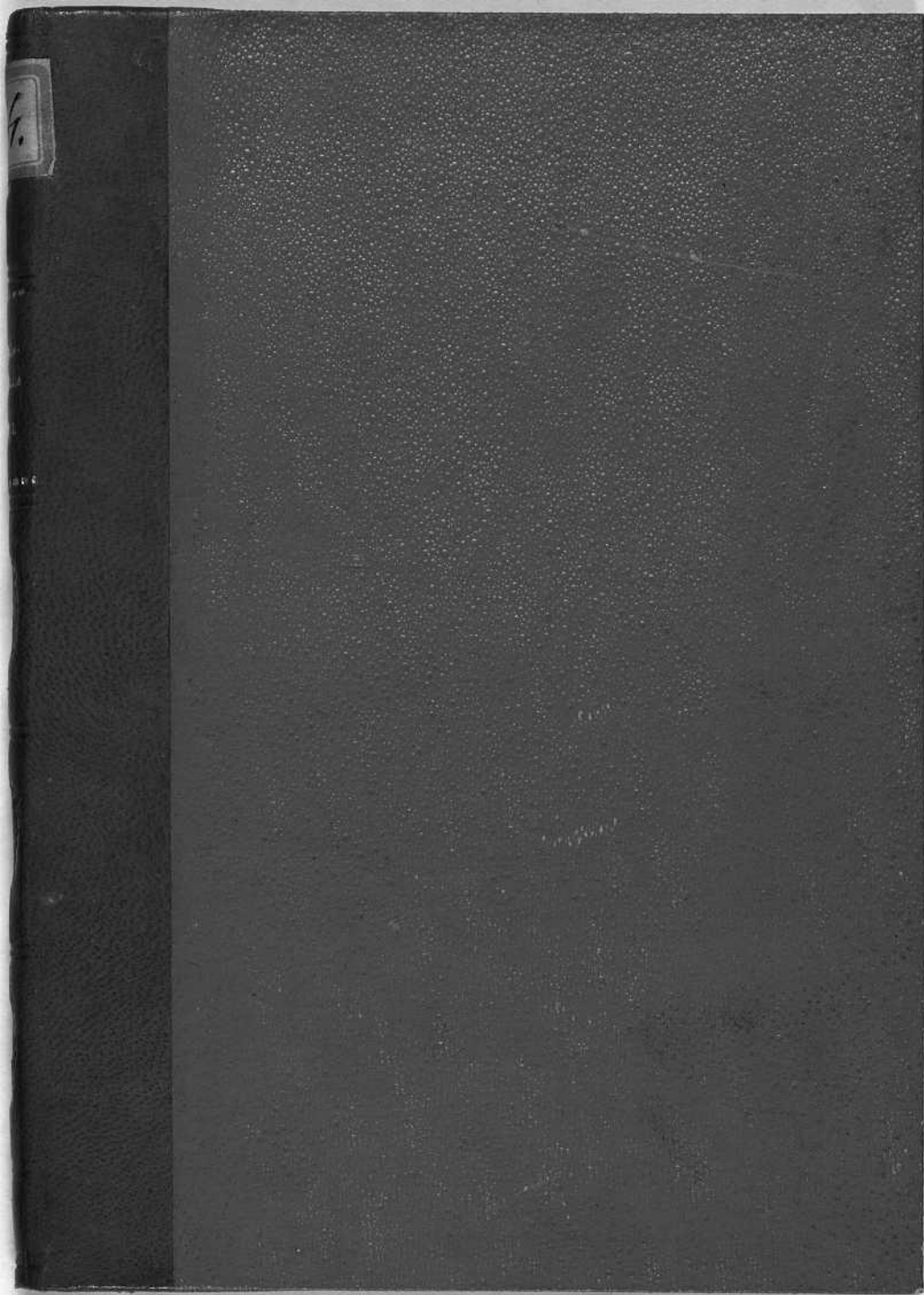










LA CHAQUETILLA AZUL

6

UN ROTO PARA UN DESCOSIDO

NOVELA DE PUNTAS

*original de los Sres. D. Federico Mínguez, D. Luis Carmona
y Millán, D. Mariano de Cavia, D. José Sánchez de Neira,
D. Leopoldo Vázquez y Rodríguez, D. Luis Taboada, D. Angel
Rodríguez Chaves, D. Manuel Reinante,
D. Gonzalo Sánchez de Neira, D. Antonio Peña y Goñi.
D. Eduardo de Palacio, D. Mariano del Todo,
D. Angel Caamaño y D. Eduardo Rebollo;
un Prólogo de D. Francisco Asenjo Barbieri, y un Epílogo
de D. Pascual Millán.*

ILUSTRACIONES DE REDONDO

Segunda edición.

ANTONIO ROS

ADMINISTRADOR

80--JACOMETREZO--80

MADRID





PRÓLOGO

(Ó LO QUE SALGA).

¡Vaya un compromiso en que me han puesto mis amigos obligándome á escribir un prólogo!

Confieso ingénuamente que no sé por dónde empezar, porque leyendo el título y el texto de este libro, ni me viene la *chaquetilla*, ni acierto á dar una puntada sobre el *roto* ni sobre el *descosido*.

Se dice que es *novela de puntas*, y esto no me parece exacto; pues tiene tanto de historia, que poco trabajo costaría citar muchos pueblos en los cuales han ocurrido las mismas cosas que en Villabrutanda.

Lo de las *puntas*, ó sean cuernos sin embolár, es lo que me parece más propio para calificar la obra, porque ésta puede considerarse como una gran corrida *entera* de toros, en la cual se lidian 15 de las acreditadas ganaderías literarias de Mínguez, Carmena, Cavia, los dos Neira, Vázquez, Taboada, Chaves, Reinante, Peña, Palacio, Todo, Caamaño, Rebollo y Millán (sin Astray); ganaderías que nunca han ido á tientas, porque no es posible que

produzcan toros mogones ni burriciegos, sino de excelente lámina, intachables y bravos en todos los tercios de la lidia.

¡Olé por el ganado...!

Ganado he dicho; pero... ¿yo que voy ganando con que me conviertan en prólogo...?

Si la obra es efectivamente una corrida de toros, el prólogo será el cartel, y esto es dejarme pegado á la pared, ó será la portería del toril, en cuyo caso resultará como un segundo *Buñolero*, para que luego los catalanes que me lean exclamen con desprecio: ¡*Bunyól, bunyól!*

Pero no; como soy músico, me habrán hecho prólogo de la corrida, para que con el clarín ó los tímbrals anuncie el paseo de la cuadrilla y la salida del toro; lo cual no está mal pensado, puesto que en corridas literarias como la presente no soy más que un pobre trompeta.

Sea como quiera, ni yo encuentro la razón que han tenido para encargarme escribir el tal prólogo, ni sé qué decir en él, por más que me quiebro los cascos pensando en la cosa.

Así he pasado muchos días, rascándome detrás de la oreja y royéndome las uñas hasta hacerme sangre; y cuando ya en el colmo de la desesperación estaba resuelto á decir «¡ahí queda eso!», oigo un campanillazo,

y se entra en mi cuarto un *mono sabio*, diciéndome:

—Dios guarde á *usté*. ¿Es *usté* ese que ha sacao la solfa de *Pan y Toros*?

—Servidor de V.

—*Pus aquí man dão esta carta pa que se la entregue en propia mano y que me dé usté el sobre.*

—Bien; venga la carta.

—No, señor; primero venga el sobre.



—¡Hombre, no sea V. como el payo del sainete!

—¡Oiga *usté*; yo no soy del sainete, que soy de Villabrutanda!

—Ahora lo comprendo. Pues bien; el sobre que tengo que entregarle es el de la carta que V. trae.

—¡*Escamati...*! ¿No me engaña *usté*?

—No, señor.

Y con esto le arranqué la carta de la mano, le dí el sobre, y se marchó diciendo:

—¡Vaya, *agur*; *diquia* la siega del tocino!

La carta es esta:

«Sr. Barbieri.—Muy señor mío: Yo soy estudiante de Veterinaria, y vivo, para lo que V. guste utilizar mis servicios, en una casa de huéspedes de la Travesía de Cabestreros. Soy suscriptor á *El Toreo Cómico*, y después de saber la noticia del gran terremoto que se cuenta en el epílogo de LA CHAQUETILLA AZUL, hallábame yo con mi libro de zoología repasando los capítulos de los bisulcos y patihendidos, cuando ¡oh coincidencia! vi entrar en mi casa dos hombres y dos mujeres que venían á hospedarse en ella: eran el señor cura párroco de Villabrutanda con su correspondiente ama y una sobrina muy guapa (dicho sea para mí), y el señor alcalde del mismo pueblo. Pronto nos hicimos amigos, y por las noches, cuando no jugábamos al mús ó á la brisca, yo les leía los preciosos capítulos de LA CHAQUETILLA AZUL, que eran oídos con el mayor entusiasmo, observando con asombro lo fielmente historiado que se halla todo. Sólo una cosa encontraron censurable, y fué la promesa de que V. iba á escribir el prólogo de tal historia, porque creían que no era necesario, al paso que hacía suma falta adornar tan clásico libro con una dedicatoria al estilo antiguo y unas poesías laudatorias dignas de él. La dedicatoria, decían, debería dirigirse á un personaje de gran posición, el cual no sólo daría autoridad al libro, sino que procuraría que se vendieran muchos ejemplares, porque... ¿á qué estamos?; y si el público no los compraba, ahí está el Ministerio de Fomento, que siempre compra las obras de mala venta... Aprobado este pensamiento por aclamación, acordamos dirigirnos á V. para decirle que no hiciera tal prólogo, sino una dedicatoria al señor natural de los villabrutandenses; y como es muy posible que V., aunque sabe muchas seguidillas, no sepa una jota de los timbres gloriosos de dicho señor, yo me he tomado la libertad de escribir la dedicatoria adjunta, aprovechando las noticias que me han dado el cura y el alcalde, y hasta el ama y la sobrina, que saben muchas interioridades del señor susodicho. Si mi escrito le conviene á V., puede publicarlo, hasta firmado con su nombre, sin que nosotros reclamemos la propiedad. Lo que sí le ruego es que se fije bien en las poesías laudatorias que acompañan, y que, en caso de publicarlas, no les quite los nombres de sus autores. La primera es del señor cura, quien fué durante muchos años catedrático de latín en el Instituto de su pueblo. Es obra de mirarse con lente, y aunque no ha faltado un descontentadizo que le encuentre alguna pequeña tacha, yo le aseguro á V. que está escrita en un latín tan clásico, que no serían capaces de superarlo todos los Commeleranes del universo. La segunda poesía es un arranque de inspiración del ama del cura en el momento de jabonar los calzoncillos de su señor. La tercera y última es del alcalde, y aunque parece que tiene alguna ligera reminiscencia y algún verso un poquito estirado, encierra, sin embargo, una filosofía trascendental. Vea V. ahora la dedicatoria:

AL EXCMO. SR. D. SILVESTRE DEL MONTE, *Duque de Coces-Altas, Marqués de Villabrutanda y sus anejos, Gran collera de la insigne orden del Asno de oro, Caballero treinta-y-cuarenta de Europa, Presidente de la Liga bestiaría, Patrono del Colegio de suripantas nobles de San Emeterio, etc., etc., etc.*

EXCMO. SR.:

LA CHAQUETILLA AZUL no puede ser dedicada sino á quien, como V. E., es de sangre del mismo color que la chaquetilla, y además Marqués, dueño y señor de los estados en que se realizaron los brillantes hechos que relata esta verdadera historia. Pero aunque así no fuera, bastarían los preclaros timbres de vuestra antigua ascendencia para merecer esto y mucho más. El título de *Coces-Altas* por sí solo significa el hecho más extraordinario que vieron los nacidos. Aquel primero de vuestros abuelos que, yendo caballero en un mulo, fué sorprendido por una partida de infieles capitaneada por el rey moro Alimelón-El-Azzémila; aquella resolución heroica que tomó para librarse de ser cautivado, volviendo grupa y espoleando al mulo que de un par de coces levantó la tapa de los sesos al rey moro, que iba á caballo y cayó muerto rodando como una pelota, son hechos únicos en la historia de las coces, pues tan *altas* no hay noticia de que ningún mulo las haya dado. Todo esto lo explica bien claramente el escudo de vuestras armas, excelentísimo señor, en el cual se ven cuatro cuarteles principales: el primero representa un mulo en actitud de sacudir un par de coces á un melón con turbante colgado de la luna; el segundo es un plato de sesos, en memoria de los saltados al rey moro; el tercero está lleno de estrellas de plata en campo azul, representando simbólicamente el hecho de haber estrellado á Alimelón; y el cuarto tiene unos pesebres de oro en campo verde, en memoria de las mesnadas y piaras de vuestros antepasados. Pero ¿qué vale todo esto comparado con los méritos personales de V. E.?... Véanse los títulos que encabezan esta dedicatoria, y ellos hablan claro, sin que yo ahora ofenda la modestia de V. E. reseñándolos al pormenor; y además, que nada de esto hace falta para el fin que me propongo, que no es otro sino rogar humildemente á V. E. que acepte la dedicatoria, y, sobre todo, que procure que de este libro se vendan 500.000 ejemplares, con lo cual me hará V. E. la honra más positiva á que puede aspirar su grande admirador

Q. B. S. M.

EL TOREO CÓMICO.

(Ahora van las poesías laudatorias. ¡Mucho ojo!)

PAROCHUS VILLABRUTANDÆ IN CHAQUETÚMCULAM
AZULEM.

EPIGRAMMA.

*Felis escaldatus frigidæ aquæ fugit.
A tauro furente servanda talega.*

*
* *

DEL AMA DEL SEÑOR CURA.

*Para fiestas de toros
de mucha gracia,
es el pueblo más guapo
Villabrutanda.*

*
* *

DEL SEÑOR ALCALDE.

*Si este libro se perdiere,
cómo suele suceder,
se podrá encontrar en cualquier parte
donde corridas de toros gusten de ver.»*

*
* *

Hasta aquí llega la carta del estudiante veterinario: yo se la traslado al público, por si cree que de ella sería fácil hacer el prólogo, que no ha podido sacar de su pobre caletre

FRANCISCO A. BARBIERI.



CAP. I.

Preparativos.

RA una tarde del mes de Julio calurosa en extremo y de suyo insoporable y sudorífica. La acera del café Imperial parecía, más que refugio de honrados transeuntes, estación de ferrocarril. ¡Qué de *maletas* contenía!

Contábanse unos á otros sus proezas, y había bigardo que se había comido los toros crudos y tenía en su casa las orejas de los cornúpetos por resmas.

El *Pitri*, el *Noguila*, el *Reservao* y el *Cautela* formaban uno de los grupos más interesantes, y hallábanse, como en lo antiguo los tambores mayores de los regimientos, rodeados de canallesca grey de mocosuelos de los que entienden que el complemento de la felicidad humana es un mechón de pelo trenzado arrancando un si es no es del occipucio, una chaqueta ceñida y sombrero de alas anchas, asendereado por el uso y de acuerdo con el pantalón de talle alto, puesto con polvos de jaboncillo, y que deja adivinar redondeces un tanto voluminosas.

Cuando en lo más álgido se hallaban de cuentos y de delirios, llegóse á ellos un honrado campesino, de sombrero de aro, chaqueta de paño burdo, calzón corto, medias de algodón, tan duras que de cartones parecían y zapatos de cuero blanco.

Verle nuestros hombres y adivinar de golpe su pensamiento fué obra de un instante.



Era un empresario.

No era posible que se marchase á su villa, que bien contados tendría 200 vecinos, sin ajustar una *cuadrilla* de toreros.

En Villabrutanda, que así se llamaba el pueblo, habíanse reunido á fuerza de no pocos sacrificios, dejando sin pienso al caballo del alcalde, á la mula de la alcaldesa, al pollino del secretario y á la burra del ama del cura, 1.000 pesetas fuertes; y aun cuando al maestro no se le habían satisfecho los pienso de primera enseñanza que venía encargado de dar á los muchachos del lugar, las igualas en cebada al médico titular, ni otros emolumentos, se consiguió, en fuerza de echar muchos empeños, que hubiese *junción de toros* aunque pereziese ogaño la cosecha.

—¿Busca V. toreros?—le dijo el *Reservao*.

—Sí, señor; y V. perdone.

—Pues no se vea V. con nadie, porque ha *llegao* á la hora del bollo.

—Yo bollos no quiero—dijo el honrado Timoteo;—lo que quiero son toreros.

—Oye, oye, *Pitri*, lo que dice: que busca toreros. Pues qué, ¿no nos ve V. el pelo?

—Hombre, la verdad, no le tienen Vdes. muy lucido—dijo Timoteo;—

pero como en Madrid hay tantas cosas de estas, puede que me las esté entendiendo con cuatro peluqueros.

—No se quedará V. con nosotros, ¿verdad?—dijo el *Cautela*,—porque no hay caso.

—Pues mire V., el caso es que yo venía á gastarme en contratas 4.000 rs.

—¡¡¡Cuatro mil reales!!!—dijeron á un tiempo los futuros *Costillares*.—Nosotros vamos á su pueblo, y por ese dinero toreamos lo que nos echen, aun cuando sea una torada.

—En el pueblo me dijeron que no hablara con ninguno que no tuviera cartel.

—Pues así que no le tenemos. Además, llevándonos á nosotros tienen en el pueblo una ventaja: que la corrida dura hasta que quiera el alcalde y la Guardia civil, pues nosotros—dijo el *Noguila*—somos agradecidos y nos gusta que, ya que dan Vdes. el dinero, dure la diversión, y no somos como esos otros toreros que en seguida acaban la suerte, y si hay que matar lo hacen á la primera. Eso es robar el dinero.

—Pues tiene V. razón—exclamó Timoteo;—ya que damos el dinero que dure la fiesta, que sabe Dios si el año que viene habrá elementos para que los corran, y crea V. que más vale pasarse sin comer que sin pitones, aunque no sea más que una vez al año.

—Creo—objetó el *Pitri*—que estas cosas no son para tratadas á la *intempéride*; y si el señor quiere, podríamos *osequiarle* con algo ahí dentro, que justo es que estemos *sentaos*.

—Pues entremos—añadió el *Cautela*.

Así fué; entraron en el Imperial, café destinado á correr amonestaciones de corridas malas y buenas, y la *convida* le costó al bueno de Timoteo 8 pesetas 35 céntimos de comer, beber y arder, que los toreros consumieron mientras duró la conferencia.

Se convino que tres días después, á la hora del mixto, estuvieran en la estación nuestros hombres con algún otro más, pues se conceptuaban poco para tamaño ajuste.

Una de las condiciones que le fué impuesta al que hacía cabeza de motín, fué la de que había de llevar al pueblo una chaquetilla azul, porque el médico había dicho que la hija del fiel de fechos sólo recobraría la salud al tener una impresión muy fuerte, y esa habría de producirse cualquier gallardo mancebo que lograra cautivarla sacándola del estado nervioso en que se encontraba, cosa que se conseguiría con el azul.

Excusamos decir que se prometió la chaquetilla y la curación.

Marchóse Timoteo, y quedaron los *toreros* mirándose de hito en hito y calculando que habían llegado al colmo de lo ideal.

CAPÍTULO II.

En marcha.

Apenas salió del café Imperial el *empresario-fénix* que había ido á salvar á aquellos cuatro *diestros* de una crisis más honda que la que atraviesa la agricultura en nuestra amada patria, cuando cayeron como moscas, alrededor de la mesa, los miembros más conspicuos de la *novillería andante*, que por entre cristales acechaban las actitudes, movimientos, pelos y señales de los interlocutores.

Allí, el *Pamplina*, el *Macarrón*, el *Monago*, el *Trompeta* y otras lumbres y candilejas de *la clase*, se enteraron del trato concertado, y de que, para que la cuadrilla revistiera toda la importancia exigida por la culta población de Villabrutanda, iba á ser reforzada con dos *lidiadores*, uno de á pié y otro de á caballo.

Entonces el *Trompeta*, más impaciente ó más *acharao* que los demás compañeros, creyó llegado el caso de formular su solicitud, y á boca de jarro le dijo al *Reservao*:

—Pues si *necesitas* un hombre de á pie, aquí me tienes. Tú ya sabes cómo *he quedao* este año en Villaconejos, Fuentelpuerco, Galapaguillos, Lacuadra, Marchamalo y en otras plazas de más categoría. Me meto donde el primero; castigo más que un rey *asoluto*, y *si se terciá*, lo mismo sustituyo á un picador, que al puntillero, que al espada; porque á mí me sale todo *por una friolera*. Amor propio, cero. Exigencias, ninguna. Conque, *si hace*, me lo dices... y á vivir.

—Bueno, pues te vienes con nosotros—contestó el *Reservao*.—Avisare-

mos al *Percebe*, que me debe unos cuartos, para que venga de picador, y ya está el *menisterio* completo.

—Vaya... *de verano que son los días largos*—dijo el *Macarrón* al ver que aquello ya no prometía;—y se despidió con sus amigos de la flamante cuadrilla, felicitando á todos, sin perjuicio de quitarles el pellejo después contando que el *Pitri* había toreado dos corridas en tres años, dejándose los toros vivos; que el *Reservao* salía siempre de la plaza *escoltao* por la Guardia civil, y que ni el *Noguila* ni los otros habían *catao* nunca lo que era *tantear* un toro.

—Eso será—añadió el *Macarrón*—una ruina; el toreo en liquidación.

La cuestión más pavorosa que hubieron de ventilar previamente los *lidia-dores* fué la de ropa, pues no tenían más que los trajes de punto que llevaban encima, que parecían acabados de barnizar por lo relucientes; y como decía muy bien el *Cautela*, sin ropa no se iba á ninguna parte. En *papel*, todos tenían algunas prendas; pero, ¿dónde estaba la *guita* que había de librarlas del secuestro?

Por último, se convino en que cada *quisque* hiciera sangre por donde pudiera, y que el *Reservao* se avistara con el empresario, domiciliado en la posada del Dragón, pidiéndole el razonable anticipo de 100 pesetas para las más apremiantes necesidades; anticipo que recibió, en efecto, de su *caballo blanco*, siéndole entregado en gruesos paquetes de calderilla.

Alentado por este triunfo nuestro hombre, y recordando que en época no lejana había sostenido íntima amistad con una cierta Robustiana, *jamona* todavía de buen ver y *maestra portera* de la fábrica de tabacos, poseedora de algunas alhajas, ropas en buen uso y de un hinchado bolsillo que él había hecho casi venir á supuración, ocurrióle la feliz idea de ir al establecimiento. Solicitó y obtuvo una entrevista de la dama, á la que, al par que disculpas de su anterior conducta, ofreció firme y no interrumpido amor; comieron juntos, y después de recibir el *Reservao* un obsequio no despreciable de la Robustiana, terminó aquella fugaz *luna de miel* con solemne promesa de reanudarla al regreso del héroe.

Pero el diablo, que no descansa, hizo que el *Pelma*, hombre de negocios con casa abierta en la calle del Amparo, y que venía poniendo *los puntos* á la Robustiana, *oliese* algo de lo sucedido; y dando por hecha una reconciliación definitiva entre ambos personajes, se lo comunicó al siguiente día á la Jesusa, garrida moza de la calle del Carnero y hembra predilecta á la sazón del *Reservao*, la que, puesta de acuerdo con otra amiga que prodigaba sus favores al *Pitri*, y enteradas de la marcha de éstos, decidieron tomar el mismo tren mixto para sorprenderles y darles *coba* en la invicta villa que iba á ser teatro de sus hazañas.

Los *chicos*, entre tanto, se arreglaron los trajes como mejor pudieron. El *Trompeta*, de color naranja seca; el *Pitri*, de limón *esprimio*; el *Noguila*,

de arco iris; los picadores, el *Cautela* y el *Percebe*, con trajes de la época de *Juaneca* y de Pepe Calderón, si bien, por no encontrar *castoreños*, tuvieron que resignarse á usar para la lidia sombreros de calle á la *cordobesa*; y el *Reservao* vestiría la consabida chaquetilla azul-desvanecido, con golpes, ó porrazos, de plata Meneses.

Llegó el suspirado día de la partida; mas ¡oh dolor! el cielo apareció negro como el porvenir del toreo, y el tiempo tormentoso y desapacible.

Desde poco después de amanecer, hallábase á la puerta de una casa de la calle del Oso una desvencijada *manuela* y ya muy entrada la mañana montó en ella toda la cuadrilla del *Reservao*.



Con el racimo de *toreros* que surgía del fondo de la *manuela*, el mozo de estoques y el cochero que iban en el pescante, y la topografía un tanto escabrosa de los clásicos barrios de Lavapiés y Embajadores, amén de la lluvia que arreciaba por momentos, se hacía muy dificultosa la jornada.

Renegaban á porfía los viajeros de la lluvia, del coche y del caballo y hasta del empedrado, que en tan lamentable abandono tienen las personas más respetables de los gremios de choriceros, cortadores y chocolateros, *ediles* á la vez de nuestro ilustre Ayuntamiento.

Por *fin* llegaron á la estación del Mediodía. En la parte exterior esperábales ya impaciente el bueno de Timoteo.

—Al andén á escape—les dijo—que va á marchar el tren. Ahí van los billetes.

Saltaron del coche *los diestros*, y se precipitaron á entrar en el andén,

yendo detrás Timoteo, al que el cochero exigió la cantidad que á los otros, con la prisa, se les había olvidado satisfacer.

—Suma y sigue—dijo el empresario, abonando siete pesetas.

Poco después se hallaban todos acomodados en un compartimiento de



tercera clase, mientras que en un vagón inmediato de segunda cuchicheaban y reían la Jesusa y otras dos barbianas, saboreando de antemano lo que algunas horas más tarde sucedería en Villabrutanda.

Cuando salía el tren de las agujas, la lluvia había cedido bastante.

—Quiera Dios que no se nos agüe la fiesta y *haiga* que suspender la corrida—dijo el empresario.

—¿Suspender la corrida?—contestó el *Reservao*,—eso sí que sería un pueblo. ¡Si creará *osté* que nosotros somos como el *Lagartijo* y el *Frascuero*, que necesitan alfombra *pa* torear! Nosotros toreamos aunque sea en un barranco, porque para ello hay *voluntá* y corazón, y *concurrencia* y *similituz*. Y sinó que lo diga este.

—*Verdá*—respondió el *Pitri*.—Aquí se sabe distinguir. Como salga un toro que *se me venga*, le voy á poner un par en la silla, que ni Murillo.

—¡*Miá* tú que en la silla!

—En la silla y con los *quequis* metidos en una *castora*... Y esa ¿dónde te ha dao?

—Lo que yo quiero es que pongamos buena á la chica—dijo Timoteo—



porque, *pa entre-nós*, entonces soy yo el amo del pueblo.

—¡Pues *pa chasco* que no se pusiera buena con la medicina que le voy á largar yo esta tarde! ¡Olé

por mi chaquetilla azul! Ya verá *usté* un hombre. Voy á torear á la *limón*, á *gallear*, á poner banderillas de á cuarta, á saltar al trascuerno, á recibir todos los toros, y á recortarlos quedándome *clavao* un semestre delante de la cara. En fin, un derroche.

.....

Los cinco cuartos de hora empleados en el trayecto trascurrieron en animada conversación, sin más incidente que una sarta de insultos dirigidos al *Percebe* en una estación del tránsito, porque la rapidez con que partió el tren, que sólo se detuvo un minuto, no le dió tiempo para pagar el importe de un salchichón, cuatro panecillos y dos botellas de vino que había comprado, y que luego se consumieron alegremente.

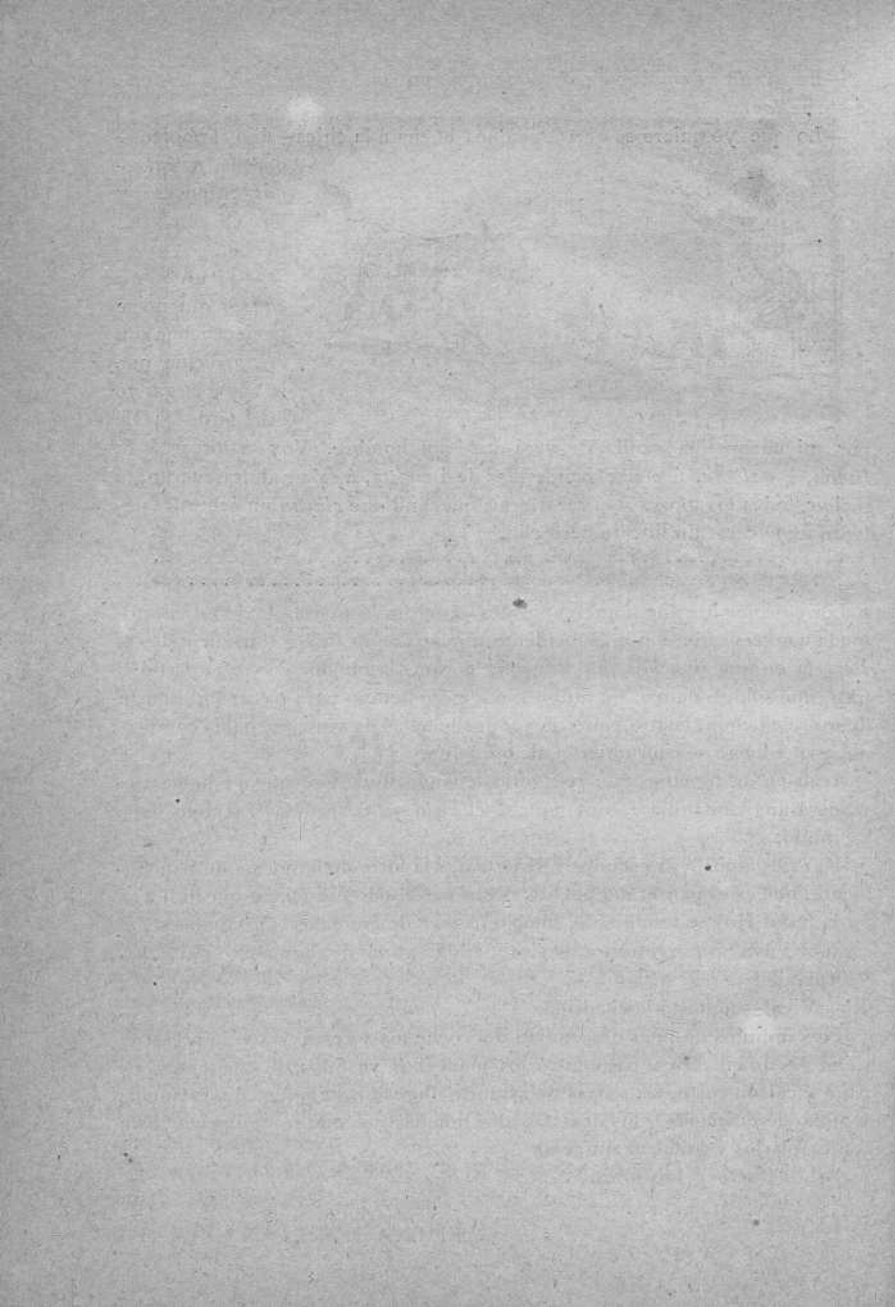
Acababa de tomarse este refrigerio, cuando Timoteo, que se había asomado á una ventanilla y contemplaba el cielo ya despejado, exclamó lleno de júbilo:

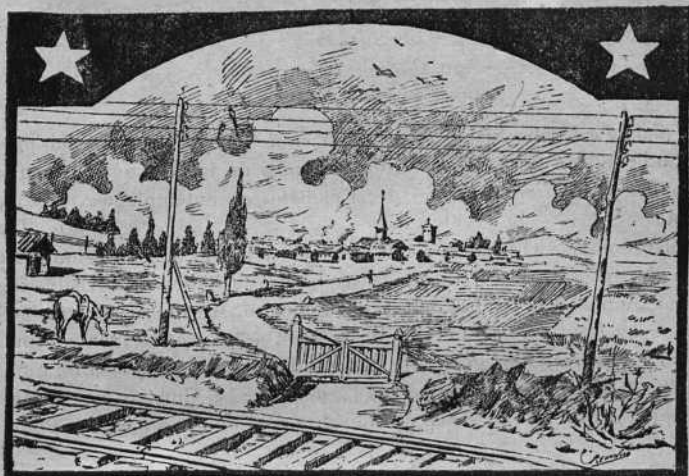
—¡Ya estamos! ¡ya estamos! Miren *ustés* la torre de la iglesia de San Silvestre, que es el patrón del pueblo. Vean *ustés* todo ese *ganao* que lo llevan *pa* la feria. Hoy se reúne en el pueblo *la mar* de animales. ¡Y cómo está el campo! Vaya una hermosura de pasto; si dan ganas de comérselo. ¡Viva Vi-labrutanda!

—¡Viva!—contestó la cuadrilla.

Tres minutos después descendían del coche los toreros y su empresario, siéndoles difícil abrirse paso entre los mancebos vestidos de chaquetón de paño y calzón corto, las mozas de pañuelo floreado, *zagalejo* de estameña y moño de *picaporte* y los desarrapados muchachos, que se agolpaban para contemplarlos y gritaban sin cesar:

—¡Los toreros! ¡Los toreros!





CAPÍTULO III.

¡Ya llegamos!

Antes de pasar adelante en la narración de esta verídica historia, tan graciosamente comenzada por Cide Hamete Mínguez y Cide Carmena Benengeli, debo confesarte, oh lector amado cuanto pacienzudo, que el capítulo presente no debiera titularse:

¡Ya llegamos!

Sino:

¡Ya lleguemos!

Porque esta fué, en realidad de verdad, la exclamación que se escapó de los labios de nuestros héroes no bien se encontraron metidos de hoz y coz en el recinto del nunca bien ponderado lugar de Villabrutanda.

Yo, que he sido, aunque no me esté bien el decirlo, el Cristóbal Colón de

esas inexploradas regiones, como el ilustre Peña y Goñi fué el Vasco de Gama de la

sognata terra

de Villamelón, debo fijar la exacta situación topográfica de aquel pueblo prescindiendo de grados de longitud y grados de latitud, que no son sino infundios y *sacadineros*, como decía el baturro contemplando un eclipse de sol.

Villabrutanda está á la derecha de la Puebla del Ronzal, según como vamos hacia Zopencos de la Sierra, y á la izquierda de Baticola de Abajo, según como venimos de la famosa dehesa del Relincho, situada en el término del Pesebre del Rey; pero como estos datos—con ser tan concluyentes—pudieran no bastar á algunos geógrafos demasiado escrupulosos, añadiré que Villabrutanda confina por el Norte con Castejón de las Cinchas, por el Mediodía con Nava de las Albardas, por Levante con Villapezuña y por Poniente con Villatestúz.

El famoso arqueólogo Berréndez Meano ha demostrado que Villabrutanda está edificado á muy corta distancia del sitio que ocupó la antigua Bestiópolis; y aunque ya no es tan exacta la afirmación del sabio villabrutandense é insigne académico D. Onofre Cubeto y Bociblanco, según el cual Villabrutanda debe su fundación al célebre Bruto—el que mató en Roma á sus dos hijos de dos volapiés hasta la mano,—no por eso carece este pueblo de positivas glorias históricas, porque en él vió la primera luz el famoso Burrho, preceptor de Nerón, y en él soltó la bellota el padre Jarameño, autor de *Las cinco hierbas místicas del cristiano*.

Nada de esto sabían el *Pitri*, el *Trompeta*, el *Noguila*, el *Cautela*, el *Percebe*, y mucho menos el *Reservao*, que, como buen jefe de cuadrilla, era el más ignorante; y sin embargo, ¡con qué dulce y respetuosa emoción se acercaban todos á Villabrutanda!

Villabrutanda era para ellos lo que Roma para el católico, Jerusalén para el israelita, la Meca para el musulmán y Valdepeñas para el borracho de aquende Despeñaperros... Aunque no es plaza de maestranza, ni falta que le hace, Villabrutanda es la que da las alternativas «verdad», y el torero que no haya pasado por aquel emporio de la *chipén* taurina bien puede decir que le falta la sal del bautismo, así le hayan roto el *idem* delante de Jesús sacramentado.

Por eso, al oír gritar á la muchedumbre villabrutandense: ¡los toreros! ¡los toreros!, nuestros mal llamados maletas—que más bien eran todos ellos unos baules—se sintieron como trasportados á un mundo mejor, y en poco estuvo que no cayeran desvanecidos por el orgullo y la soberbia.

Al *Pitri* se le saltó un botón de salva la parte, que se conserva y guarda piadosamente en el Museo tauromáquico de Villabrutanda, y al *Reservao* se le abrió el ajustado pantalón por tal costura, que á poco más no le queda al hombre cosa alguna por reservar...

Pero, ¿qué valen tamañas aventuras junto á las nunca vistas y soñadas que en seguida acaecieron?

La gritería de los mozos, los chillidos de las mozas, los alaridos de los muchachos, el agudo son de la gaita y el continuo repiqueteo del tamboril, el estampido de los cohetes, y aun el de tal cual trabucazo con pólvora sola que disparaba algún vecino amaestrado en libertad, formaban un conjunto atronador, digno en suma del *tronio* que se traían lidiadores de semejante fama.

Timoteo, que no gozaba con tal espectáculo menos que sus amigos del Imperial, dijo al *Reservao*:

—*Miste* que aquí hay que deregir ú degerir la palabra al pueblo...

—¿Semos quizás deputaos?—replicó el torero.

—Es la costumbre. Al deputao le desigimos que el día de enantes de las elecciones torease una vaca en la plaza é la iglesia, y á los toreros que mus echen un discurso.

—Sus echaré dos, porque yo ripito.

—¡Pus venga *dái*!

Y haciendo Timoteo señal de que iba á hablar el *Reservao*, se arrancó éste y dijo:

—Mu...

Aquí empezó y aquí acabó el discurso, porque le cortó la palabra al *Reservao* un cohete que, dirigido por inexperta ó alevosa mano, fué á dar en la mismísima boca del orador.

Mientras el *Pitri*, el *Noguila* y demás apóstoles del arte se lanzaban en auxilio de su maestro, una formidable exclamación resonaba por el valle y el monte...

—¡Bien por el tío *Ciclán*!—gritaban los villabrutandenses entusiasmados.

—No asustarse—decía Timoteo á los toreros;—es la costumbre... Cuando hace tres años vino aquí á torear el *Legañas*, le curemos la metá de las que traía, porque le saltemos un ojo con otro cuete.



—¡Animales!—bramaba el *Reservao*, en tanto que algunos vecinos compasivos le alargaban vasos con «bala rasa» para curarle la quemadura de la boca.

—Eso no es na—le decía el *Percebe*;—son chanzas de los pueblos. En tiempo de fiestas ya se sabe que...

Y como para confirmarle en tan discreta opinión, ¡pum! fué á darle en el cogote otro cohete que le encendió la coleta, y aún le hubiera hecho arder todo el pelo si no acuden los demás á extinguir la quema.

Otra inmensa exclamación retumbó por el espacio.

—¡Bien por el pae cura!



El cohete procedía de las mismísimas manos del párroco de Villabrutanda.

Yael *Noguila*, el *Pitri*, el *Trompeta* y el *Cautela* empezaban á arrepentirse de haber ido á aquel pueblo tan excesivamente expresivo en sus manifestaciones de alegría, y ya se tentaban la ropa para ver si las «herramientas» estaban en su sitio, cuando un nuevo incidente vino á suspender tamañas inquietudes.

—¡Me han robao el hatillo de la ropa!—decía berreando el mozo de estoques.—¡El hatillo *ande* venía la chaquetilla azul!

Oirlo el *Reservao* y caer redondo al suelo fué todo uno.

¿Qué ánimo por esforzado que sea puede sobreponerse á tales emociones?

M. DE CAVIA.



EL RESERVAO.

CAPÍTULO IV.

La plaza del pueblo.

—Es menester que la chaqueta parezca, ó se hunde el *tirremoto*.

Eso dijo Timoteo al Sr. Blas, el alcalde de Villabrutanda, en presencia del fiel de fechos y de otros muchos vecinos *adyacentes*, tan luego como se supo que el lío portado por los toreros había desaparecido.

—Echaré un bando, que ahora mesmo cantará el pregonero en la plaza y por todo el pueblo, imponiendo un mes de cárcel, sin ración y con una paliza diaria, al que oculte el lío; y si tú quieres, *añide* que al que le presente hoy se le darán cinco perros chicos de propina, por supuesto, si contiene la chaquetilla, que si no, no. Ea, ea; á cantar el pregón á seguida, y cudiao conmigo, que me llamo Blas.

A los pocos minutos compareció en la plaza del pueblo, que es donde todas estas escenas ocurrían, una mujer pequeñita de talla, conocida, sin duda por eso, por el apodo de la *Gurrumina*; y acercándose al alcalde, que presenciaba las obras del piso del ruedo, díjole descaradamente:

—Yo soy la *Gurrumina*, ya me conoces, porque tu madre y mi madre se conocieron antes, y tú y yo nos hemos conocido dempués. ¡Ja, ja, ja! ¿Te acuerdas, hombre, cuando Perica y Pericazos... en aquellos barrancazos?... ¡¡y tan sin malicia!! Treinta años menos teníamos...

—Bien, mujer, bien; ya me acuerdo que tú siempre has andado en líos...

—Pues á eso vengo, que me he encontrado uno y dicen que lo pregonan. ¿Le traigo?

—Sí, mujer; pero sepamos antes que contiene, no sea que nos quieras meter gato por liebre.

—Yo no meto nada. En un trapo grande, negro y cuadrado hay otros trapos encarnaos, amarillos y de color de *olea* azul, llenos de manchas de sangre, como si hubiesen servido, vamos, para limpiar heridas y... ná más.

—Míralo bien; dílo todo, porque si no desde aquí te meto de patitas en la cárcel y allí te pudres. Canta: ¿qué había dentro de los trapos?

—Que no había nada, ni chaqueta ni nada.

—Alto ahí; esta mujer á la cárcel, dijo Timoteo. Nadie la ha preguntao ni dicho ná de chaqueta, y ella mesma se destapa. ¡A la cárcel, Blas, envíala á la cárcel!

Cambió la *Gurrumina* de color (ó al menos de expresión fisonómica, porque era morena como bragadura de cabra), y con mucha sorna interrumpió á Timoteo, diciendo al alcalde:

—Figúrate *tú* que aquello no es chaqueta; es una chaquetilla como pa un muñeco, como pa tu hijo, pongo por caso; muy larga de mangas y muy corta, pero muy corta de atrás; vamos, que no da ni por la cintura. ¡Chaqueta! á cualquier cosa llamáis chaqueta. Aquello fué una *levosa* de talle corto y la cortaron los faldones. ¡Ahora caigo! ¿Apuestas que el trapo azul descolorió y manchado fueron los faldones?

—Chaqueta ó chaquetilla, ahora mesmo vas á entregar todo el lío á Timoteo para que se le dé á los toreros; y si en él falta algo de lo que tenía, te hago desnudar de medio cuerpo y te pongo á la vergüenza, conque andandito.

Y marcharon Timoteo y *Gurrumina* abandonando la plaza, y murmurando aquélla por lo bajo:

—¡De medio cuerpo! ¡qué barbaridad! ¡si creerá que tengo ahora tan buenas pantorillaş como cuando le conocí!

.....

La plaza del pueblo de Villabrutanda había sido *restaurada* para la fiesta. Merced á las acertadas disposiciones de las Autoridades (asi se dice en Madrid) presentaba un brillante aspecto: algunas rejas y balcones, de los diez ó doce que tenían vistas al *ruedo*, ostentaban desde las cinco de la mañana del día de la función grandes colchas y cortinas á modo de colgadunas. No teniéndola el Municipio del pueblo, la pidió al de Villamelón, cabeza de partido, y gracias á las buenas relaciones que entre ambos sostenian adornaron la casa concejil con una tan historiada que para sí la quisieran los villabrutandas. De orden del Sr. Blas Respingo y Teatizo, alcalde primero de la villa, todos los vecinos dueños de carros y carretas cedieron *gratuitamente* los suyos para tapar bocas, es decir, las de las calles que afluían á la plaza; los poseedores de escaleras de mano facilitaron á *igual precio* las que tenían, y fueron colocadas ó amarradas á las tapias y postes con gruesas tomizas que el tendero *regaló* de buena voluntad, aunque en otros cuellos quisiera verlas empleadas. No se contentó con eso tan celoso alcalde. En previsión de que las reses que habían de ser corridas, y que pertenecían á su yerno, abastecedor perpetuo de los Villamelones, Villabrutandas, Zopencos y Baticolas, pudieran estropearse al pisar los innumerables baches que formaban el suelo, hizo rellenarlos con pedernales y cascotes; y para que nada faltase á los villabrutenses, ordenó que desde la vispera de la fiesta repicasen las campanas de la iglesia sin cesar, llamando gente de los pueblos inmediatos.

A la seis en punto de la madrugada se constituyó tan benemérita autoridad en el centro de la plaza con todos los concejales, Timoteo, el fiel de fechos, el pregonero y demás pudientes del pueblo y forasteros, rodeados de muchos villamelones y bestiapolitanos. Bebió, é hizo beber unas cuantas rondas de *bala rasa* para quitar el *gusanillo* á las gargantas, y con voz clara, fuerte y enérgica gritó:

—¡Que vengan los toreros! ¡que me los traigan!

Mientras una turba corría en busca de los *maletas*, el Sr. Blas ordenaba, sin que nadie le replicase, la colocación que habían de tener los concejales y sus familias en los balcones de la Casa Consistorial.

—Primero yo, en el centro, y detrás el fiel de fechos; á *mi* derecha mi mujer, y detrás la *Chilindrina*, que queda también á la derecha de su padre; á mi izquierda *Malmira*, mi teniente, con su hija, y luego, allá os compongáis; el que no quepa que no éntre, y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

¡Los toreros! ¡Los toreros! gritaba la *turba multa*. Llegaban allí, efectivamente, los *artistas* tauromáquicos, y á su frente el conocido *Reservao*. Saludaron quitándose las gorras, el que la tenía, y el alcalde, con cara hosca, les dijo:

—¿Qué han hecho ustés desde anoche?

—Fus ná; dempués de lo que V. sabe, lleguemos, cenemos, y nos acos-



tamos, porque veníamos rendíos. Ya nos han dicho que la guardia civil encontró los estoques abandonaos y que ha costado trabajo convencer á la pareja de que no pertenecían á ningún cabecilla revolucionario. Sabemos también, porque nos lo han dicho, que la chaquetiya...

—Calle usted, que nadie le pregunta los años que tiene, y escuchen con atención cuáles son sus obligaciones. Primeramente, se van á vestir con lo mejor que tengan

(los toreros se miraron, suspiraron y volvieron la vista al cielo); luego, con el tambor delante, recorrerán el pueblo hasta la nueve; á esa hora tomarán el bocado...

—¡Ni que fuéramos caballerías!...

—Silencio. Arroz con abadejo y poco vino, que hay que trabajar desde las diez. La plaza ya ven ustés que no puede estar mejor; es verdad que tiene una cuesta muy grande, que el piso no es bueno, y que donde no hay polvo hay piedras; pero, por lo demás, nada hay que pedirla. Tiene buenas luces y es larga, aunque no es ancha ni recta; y en cuanto á seguridad, no recuerdan los nacidos que se haya hundido en jamás de los jamases.

—Si esos baches se hubieran cubierto con tierra; pero con cascotes... —repuso tímidamente el *Cautela*.

—Para el ganado bien está así; para ustés, ¿qué necesidad tienen? ¿no saben saltar por encima, *de lao á lao*?

Otra advertencia. No quiero holgazanes, y por lo mismo, en cuanto vea á uno parao, le pongo una multa. Desde las diez hasta la una, y dende las tres hasta la noche, denguno se ha de estar quieto para nada.

—Pero si precisamente Pedro Romero encarga que las suertes deben hacerse con los piés páraos.

—¿Quién ha dicho eso?

—Pedro Romero.

—No le conozco. Siempre será ese alguno de los que escriben papeles con letras de molde, y no tienen pa comprar un par de mulas. Nada, nada; á saltar, á correr y á brincar sin descanso, que á mí no me la dan ustés. Soy ya perro viejo, y entiendo de cuernos más que mi yerno; como que mi mujer ha sido más guapa que mi hija la que se marchó con un escuadrón de coraceros que iba á la guerra. ¡Qué prenunciado tenía el *pocriotismo* aquella chica!

—Pero, señor, va á parecer la plaza un circo con la batuda americana.

—Que güelvo á decir lo que he dicho. Mucho movimiento, mucho jaleo. Pues qué, ¿en las extensas praderas de Villamelón no he visto yo mismo, por mis mismos ojos, muchos señoritos, y muchos que parecen una cosa y son otra, aplaudir á rabiár á los que ponen la espá corriendo, corriendo? ¿y hemos de ser menos los de Villabrutanda?

—No, no, eso no!—gritaron cien voces de otros tantos villabrutenses. ¡Viva el alcalde!

Limpióse éste, y tomó de nuevo la palabra sin dar las gracias.

—¿Con que es decir, que porque los villamelones son más en número, porque marchen á la cabeza del partido, hemos de aguantarnos y tomar lo antiguo? Están ustés equivocados, y nosotros semos tanto como los villamelones, que son hoy los que llevan la palma hasta en los Madriles.

—¡Viva él arcarde!—repitieron las masas *inconscientes* (?).

—Ustés torearán de capa como quieran y sepan; pondrán las banderillas cuantas veces se les mande á los toros de muerte, procurando que sean de esas que han tomado nombre por el de uno que firma siempre en tarjeta; ¿cómo se llaman hombre, cómo se llaman?

—¿Al sesgo, al cuarteo, al quiebro, al relance, á topacarnero?...

—Qué carnero, ni qué calabaza. Ven acá Timoteo, ¿cómo llamáis esas banderillas que aplauden tanto los villamelones?

—¿A media vuelta? ¿De sobaquillo?

—Eso, eso, de sobaquillo; así las queremos. Y en cuanto á matar... en cuanto á matar...

—Ya haré lo que pueda...

—No, señor; hará V. lo que deba y se le mande. Oiga V. bien. Al primer toro lo despachará V. de una sola estocada, pero que muera en seguida. Si no, multa al canto. El último no, porque como yo quiero dar gusto al pueblo...

—¡Viva el alcalde! ¡Vivaaaa!...

—Bueno; quiero dar gusto al pueblo, y éste quiere ver y saber cuántas maneras hay de estoquear. Dicen los de Villamelón que los volapiés á pié quieto y recibiendo al gran cuarteo es lo que ahora priva; á ver si se le olvida á usted, y le baldo con las multas.

—¿Habéis visto, chicos, hombre más *auténtico*?—dijo el *Reservao* á su cuadrilla con cara de espanto.

—Ea, ya lo saben ustés; á vestirse ahora; á pasear después; á tomar el bocado luego, y más tarde á trabajar, y cuidado con las multas.

—Usté, *Reservao*, acérquese, que no lo oiga nadie; en cuanto á la chaquetilla azul...

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

CAPÍTULO V.

El programa.

En tanto que en la plaza de Villabrutanda ocurría lo descrito en el capítulo precedente, el *Vieja*, desdentado mozo que había abandonado su primitiva ocupación del vendido y arreglo de llamadores entre *pítima* y *pítima* por el de *ganapán trashumante* de la posada del tío *Ercetera*, situada en las afueras del pueblo y en las inmediaciones de la famosa dehesa del Relincho, instalaba en una de las habitaciones de la misma á Jesusa, la garrida moza de



la calle del Carnero, y á Celestina la *Tuerta*, la pitillera más levantesca de la corte y una de las hembras más *lista de manos* de la calle de la Verónica, amigas hasta ciertos puntos del *Reservao* y el *Pitri*, y que para darles una mano de jabón, como saben nuestros lectores, se decidieron á seguirles al pueblo que iba á ser teatro de sus más célebres aventuras.

Desaparecer de la vista de las mencionadas mozas de rompe y rasga el desarrapado *Vieja*, que ni por cortesía se había quitado la gorra, siguiendo antiguas

costumbres, y soltar ambas el trapo, fué obra de un momento.

Al cabo de un rato, y cuando hubieron reído todo cuanto les pedía el cuerpo, Celestina abandonó la desvencijada silla que ocupaba; y después de convencerse de que podía hablar sin que nadie la escuchase y cerrar la puerta del cuarto, dijo á su compañera de expedición:

—He cumplío como *güena*, y *mi portao* como *riquieren* las *cercunstancias*.

—¡Cabales!—replicó la Jesusa.—Eso y más merecen el *Reservao*, el *Pitri*, el *Noguila* y compañeros mártires.

—¡Y dí que sí!

—Y ahora que apelen á la señá Rebastiana de mis pecaos.

—O á *Soponcio* Pilatos, que es lo mesmo.

—Y así comprenderán las *diferencias* que hay entre unas señoras como *semos* yo y tú, y unas... mujeres... como son otras.

—¡Y lo que mus vamos á divertir en cuanto llegue la ocasión! Por supuesto que asistiremos á la corria de *inconito*... como corresponde á *presonas* de nuestra categoría.

—Claro; y veremos cómo se las arreglan para que la hija del fiel de fechos se cure de esos ataques de *niervos* y *pitifollos* que dicen que le dan.

Y al decir esto, volvieron á reir á todo trapo las dos interlocutoras.

Terminado el arreglo de la plaza de Villabrutanda, y cerradas convenientemente las boca-calles que á ella afluían con carros y otros utensilios, el alcalde, el cura, el maestro de escuela, el veterinario, el barbero, Timoteo y los vecinos de más cencerros del pueblo se dirigieron al corralón habilitado para ayuntamiento, escuela, estanco y administración de consumos, todo en una pieza, á fin de acordar el programa de la corrida, á la vez que la cuadrilla capitaneada por el *Reservao* pasó á la casa del alcalde á vestirse, en cumplimiento de las órdenes reci-

bidas, para pasear luego por el pueblo, al son de la gaita y el tamboril, los trajes de torear.

El *Reservao*, con la cara chamuscada toda á consecuencia de los cohetes disparados por el tío *Ciclán* y el padre cura, iba renegando de la hora en que había admitido las proposiciones de Timoteo, y de las órdenes que le diera aquel alcalde de monterilla, tratándolos como casero á inquilino insolvente.

Poco tardaron el alcalde y demás personajes de Villabrutanda, reunidos en el cor-

ralón, en acordar el programa de festejos, gracias al padre cura, al maestro de escuela y al rapabarbas, á quienes desde luego encomendaron los demás la tarea, porque, en punto á organizar diversiones, se pintaban solos.



Hé aquí lo dispuesto en la reunión, que había de ponerse en conocimiento de los vecinos por el conocido medio del pregón:

1.º Antes de comenzar la fiesta, para que los vecinos tuvieran tiempo de prevenirse, se echarían á vuelo las campanas de la iglesia, se dispararían voladores, y al compás de la gaita y el tamboril recorrerían la población en un carro, tirado por los pollinos de Villabrutanda, los toreros con los trajes de torear.

2.º A las dos de la tarde de aquel día, vispera del santo patrón, y como prueba, se correría el buey del alcalde por los mozos del pueblo, como todos los años en que habían tenido lugar corridas de toros.

3.º Una vez retirado al corral, se presentaría en la plaza la cuadrilla de toreros en la forma acostumbrada en las plazas de Villamelón, Baticola de Abajo, Pesebre del Rey, Zopencos de la Sierra y otras de maestranza, la cual torearía los tres bueyes del síndico, fiel de fechos y regidor perpetuo de Villabrutanda, que no pudieron ser muertos en las últimas corridas que se habían celebrado.

Con estos tres bueyes debían ejecutar los chicos de la cuadrilla del *Reservao* todas las suertes del toreo que habían ofrecido á Timoteo cuando les contratara.

Y como fin de fiesta se celebraría baile en la plaza, exornado con cohetes y la ascensión de un globo de papel construido por el señor cura.

El programa del día siguiente venía á ser el mismo, con la diferencia de ser mayor el número de reses dispuestas para la lidia; que en ésta habría picadores, advirtiendo que las caballerías dispuestas para esta suerte eran la mula de la alcaldesa, los pollinos de los vecinos pudientes, tres en junto, la burra de la maestra de niñas y el mulo del regidor, y que la corrida empezaría á las nueve de la mañana y terminaría á la hora de la tarde que se creyera oportuno, dando á medio día dos horas de descanso á la gente para que los vecinos y los toreros pudieran tomar ó ponerse un bocado.

Como el día anterior, terminaría la corrida con baile, cohetes y nueva ascensión del globo mencionado.

Estaba terminando el maestro de escuela la copia del programa, cuando el alguacil anunció á la reunión que dos de los toreros contratados solicitaban con urgencia ver al señor alcalde.

Concedida la venia, pasaron al salón el *Pitri* y el *Percebe*.

—¿Qué se os ofrece—preguntó el alcalde—para venir á enterrumpir esta solemne sesión?

El *Percebe*, que para el caso de entenderse con las autoridades era el más dispuesto de la cuadrilla, después de haber mirado á su compañero y soltando una porción de jipíos, exclamó:

—¡Una fiambarrera! Que no se *pué* dar la corria.

—¿Cómo?—bramó el alcalde.—La corria se celebrará mal que sus

pese, y vusotros por la güena, ó ataos codo con codo, trabajaréis.

—En nusotros no consiste, ¡señor alcalde! Ha de saber usía en primer lugar, que nusotros nos encontramos dispuestos á torear todos los güeyes del pueblo que nus suerten, manque sean tóos juntos, porque nusotros toreamos más que el *Lagartijo* y el *Frascuelo*, dambos reuníos. Pero no pué ser, y no pué ser.

—¿Por qué no puede ser?—volvió á mugir el alcalde.

—En primer lugar, porque el *Reservao*, ¿verda tú, *Pitri*? está mu malo á consecuencia del cohete que le estalló en los mismos morros al ir á prenunciar el descurso que V. E. I. le mandó; y en segundo lugar, y esto es lo más importante, porque al *Reservao* le sustituiríamos cualquiera de nosotros con ventaja, porque el hatillo que V. S. I. nos dió, y que habían robao en el camino, está incompleto y no querrá usía que salgamos hechos unos adefesios.

—¿Cómo que está incompleto?—berreó de nuevo el alcalde.

—¡Toma, pues estando! Desfégürese usía que de tóa la ropa que traímos han dejao los *tomaores* únicamente la taleguilla del *Trompeta*, la faja y la montera del *Noguila*, mi chapeo, los cabos de éste, la casaquilla del *Cautela* y las zapatillas del *Reservao*.

—¿Y la chaquetilla azul?—murmuró entre dientes el fiel de fechos, perdiendo el color de la fisonomía.

—Pus la chaquetilla azul desvanecido, con gorpes de prata fina, del mataor, ha corrio burro como los estoques, tres capotes y las demás prendas no mencionás.

—¿Qué ha corrio... burro? Eso no puede ser—gritó el alcalde,—y ahora mesmo lo veremos.

—Vea usía lo que quiera; pero lo cierto es que la chaquetilla azul del mataor y las demás prendas de vestir han desaparecido, y que nosotros no salimos á la arena vestíos de mamarracho manque lo mande el *Sorsum cordis*.

—Pues la corria ha de celebrarse y la chaquetilla azul aparecerá, porque yo lo mando, y pronto lo verán tóos ustés.

Y se levantó furioso de su asiento, y empuñando la vara salió del corralón bufando como alma que lleva el diablo, seguido de algunos de los allí reunidos, á la vez que los restantes auxiliaban al fiel de fechos, que había sido acometido de un síncope al tener la evidencia de que la chaquetilla azul había desaparecido y que, por tanto, la curación de su hija podía echarse en remojo.

LEOPOLDO VÁZQUEZ.

CAPÍTULO VI.

Un personaje nuevo.

Venancia, la hija del fiel de fechos no era una mujer vulgar.

Había pasado dos meses y medio en Albacete, en casa de una tía suya que era sastra, y por consiguiente, persona de mucho mundo, y allí se había afinado de tal modo que encontraba detestables las costumbres de Villabrutanda, y cada vez que eruptaba el autor de sus días, desahogo muy admitido entre los habitantes de aquella localidad, Venancia perdía la color del semblante y exclamaba sin poderse contener:

—Papá, dispensa la *liberta* que me tomo, pero eres una caballería, mal comparado.

El fiel de fechos bajaba la cabeza, porque en su fuero interno comprendía que Venancia era justa en la apreciación de sus dotes personales y porque, además, no quería contrariarla.

Desde que había vuelto de Albacete la chica estaba triste y no probaba el cocido, ni los torreznos, ni la asadura de ternera, que antes constituía uno de sus platos fa-

voritos. Desayunábase con un huevo cocido y una cebolleta, y ya no volvía a probar bocado hasta la hora de cenar.

Muchas veces le había dicho su padre:

—Venancia, prueba este muslo de oveja.

Y había contestado la joven:

—No, padre, porque *agomito*.

Cuando supo que habían llegado los toreros de Madrid, Venancia llamó al cura, que era un hombre de buenos sentimientos aunque bruto de suyo, y le habló así:



—D. Alifonso, V. me conoce como si me hubiera llevado en sus entrañas.

—¡Mecachis!—contestó el clérigo.—¿No te he de conocer si te he *dao* el agua bautismal y he *asistío* á tu madre en sus últimos?

—Por eso digo que me conoce V. mayormente. Pues bien; yo estoy enamorada como una bruta, y V. disimule la confianza.

—¿Y de quién?

—De Pepito Citrón, confitero él y natural de Albacete; le conocí en casa de mi tía un jueves por la tarde.

—No digas más; quieres contraer matrimonio.

—En eso ando; pero Pepito no tiene posición, ni tiene nada absolutamente.

—¿Cómo?—dijo el cura abriendo los párpados.

—Quiero decir que no me puede mantener.

D. Alfonso meditó durante algunos momentos; después dijo:

—¿Lo sabe tu padre?

—Mi padre, á Dios gracias, es una persona torpe de suyo, y cree que yo tengo melancolía y humor escrofuloso; pero mi verdadera enfermedad está en el alma.

—¿Y la chaquetilla azul?

—Eso son paños calientes. Todas las chaquetillas del mundo no lograrán arrancar de mi pecho esta pasión que me devora.

—Bueno—dijo el cura.—Echate en brazos de la religión y descansa, que á bruto me ganan pocos.

Y dejó á la chica para dirigirse á la plaza.

Por el camino iba haciéndose la siguiente reflexión:

—Yo debo proteger las relaciones de Venancia con el confitero de Albacete porque la chica no está en la calle, y si se casa algo me ha de tocar. Siempre es conveniente fomentar las relaciones amorosas, porque cuanto más aumente la población más feligreses habrá en la parroquia. ¡Y á lo que estamos, tuerta! Pero estas chicas son muy caprichosas, y es muy posible que si ve trabajar al matador se enamore de él y olvide á Pepito, el de Albacete... ¿Cómo haría yo para inutizar á ese *condenao*? Por de pronto, conviene que desaparezca la chaquetilla... desaparecerá. ¡Si pudiera dispararle un cohete al *Reservao*!...

Y pensando, pensando, llegó á la plaza.

Lo demás ya lo sabe el lector: el cohete dirigido por el tío Ciclán á petición del cura fué á reventar en la propia boca del primer espada, dejándole los labios lo mismo que dos pimientos morrones...

Pero volvamos á coger el hilo de esta verídica historia.

El alcalde salió del corralón hecho una fiera y fué á ver al *Reservao*, que estaba tendido en un jergón y con la boca metida en un puchero para recibir el vaho de un cocimiento de hojas de nogal y polvos de ladrillo.

—¿Qué es esto?—dijo el alcalde arrimando las narices á la faz del paciente.

—Ya lo ve usted—contestó el *Pitri*, que había seguido á la primera autoridad de Villabrutanda hasta el *hotel* donde residía el matador.

—A ver—replicó el alcalde, dirigiéndose al *Reservao*.—Enséñame esos morros *pa* ver si puedo echarte la multa ó si te mando á la capital entre la guardia *cevil*, *pa* que no *güelvas* á engañar á *naide*.

—Miste cómo tengo esto—dijo el *Reservao* con voz desfallecida, mostrando los morros y enjugándose una lágrima que corría silenciosa por su faz.

—¿Y la chaquetilla azul?

—¡Esa es otra!—contestó el paciente suspirando.—¡Una chaquetilla nueva, como quien dice!

—¿Pus sabes lo que te digo?—añadió el alcalde.—Que la *corria* hay que darla *manque* tengas que salir en una camilla; y si te duele te aguantas, y si no, no haberse *comprometio*. ¿Taces cargo? Porque yo soy la primera *autoridad*, y á mí *naide* me *rebaja*... Conque á vestirse corriendo.

El *Reservao* se incorporó en el lecho, y quiso sacar un pié y después el otro; pero en aquel momento entró el cura, y dirigiéndose al alcalde le habló así:

—Tú nunca has tenido vergüenza, ni dignidad, ni *satisfacción* con las personas forasteras, y lo que estás haciendo es abusar; porque este hombre no está para nada, y no hay más que verle los morros, que parecen dos panecillos de los altos, y el Señor me castigue si miento, lo cual que no puede trabajar y no debe haber corrida, porque vale más que el dinero que gastáis en eso lo apliquéis á cosas de la iglesia, que está San Roque sin tener qué ponerse, y á la *Madalena* se le ha caído un ojo y da compasión de verla *repará*. A estos hombres les abonáis los gastos de viaje, y en paz y jugando.

—Miste, don Alifonso,—contestó el alcalde:—á usted le respeto por la corona; pero si *güelva* usted á faltarme, le doy tres *morrás* y después le meto detenido por *desvergonzao*.

—¿Cómo se entiende?—gritó el cura, y quiso morder al alcalde en el dedo gordo de la mano derecha.

Pero éste, que era ágil como un ternero recién destetado, dió un brinco y se plantó en la puerta, llamando al alguacil á grandes voces.

Lo que pasó entonces no es para dicho; el alguacil acudió y quiso sujetar al cura; pero fué á caer sobre el *Reservao*, que lanzó un grito. El *Pitri* corrió á proteger los morros del matador y tropezó con un aguamanil, derribándolo y metiendo los dos piés dentro de la aljofaina; vino el posadero, que había sido militar, y se puso á repartir palos entre todos los presentes, hasta que, cansados unos y otros de tanta brega, fueron desapareciendo por el foro.

Aquella noche se reunió el municipio en sesión secreta, acordando que se verificase la corrida aunque tuviese que juntarse el cielo y la tierra.

Entre tanto el cura, sentado ante una mesa de la estación, telegrafiaba largo y tendido.

Nosotros no conocemos el contenido del telegrama, y sólo pudimos leer la dirección del mismo, que decía así:

José Citrón, confitero.

Albacete.

.....

Y llegó el día solemne.

La plaza ofrecía un aspecto encantador. Todos los vecinos de Villabrutanda se habían dado cita en aquel lugar, donde iban á lucir sus facultades los toreros madrileños.

Venancia atraía las miradas de la juventud. ¡Qué hermosa estaba!

Su padre, el fiel de fechos, no hacía más que suspirar y rascarse la cabeza con un cortaplumas mellado que usaba él para los casos de apuro.

—¿Con que es decir que no habrá chaquetilla azul?—exclamaba dirigiéndose al alcalde.

—Han sido *entiles* *tóos* los esfuerzos—contestó la autoridad limpiándose el sudor con el dorso de la mano izquierda.—Pero en cambio trabajará la cuadrilla de Madrid. Ha habido que traer al *Reservao* poco menos que á la *juerza*, porque se le han puesto los morros más *henchaos* que *endenantes*; pero que se fastidie, como dijo el otro...; *por mor* de la chaquetilla hay cinco *presonas* detenidas, y hasta que *parezga* no han de ver el sol ó pierdo la vara que tengo.

—Y los estoques, ¿han parecido?

—Tampoco; pero tenemos un sable de la guardia civil y dos navajas grandes.

—¡Sea todo por Dios!

Mientras el fiel de fechos y el alcalde entablaban el diálogo precedente, D. Alifonso recorría las inmediaciones de la plaza con aire misterioso. De cuando en cuando aplicaba el ojo á la cerradura de la puerta exterior del corral donde debía hallarse el ganado dispuesto para la lidia, y en sus labios se dibujaba una sonrisa de júbilo.

Un hombre se acercó al presbítero en la esquina de la calle cercana á la plaza.

—D. Alifonso—le dijo en voz apenas perceptible—todo está arreglado.

—Perfectamente. ¿Y los toros?

Lejos de aquí; en la dehesa del Molino.

.....

Llegó el instante supremo.

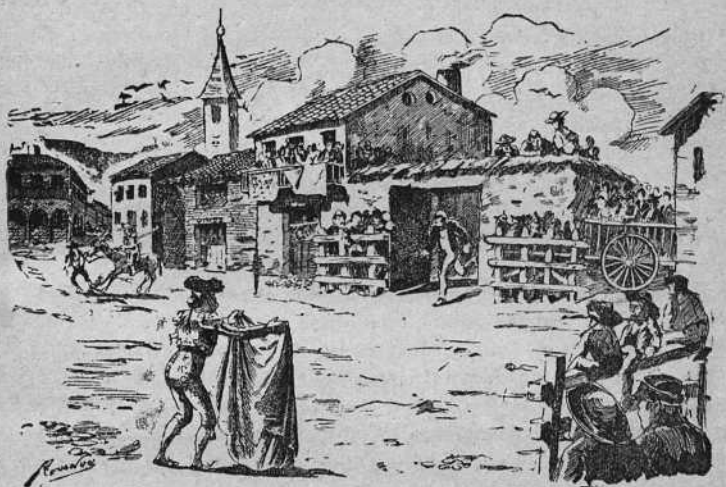
Agitó el pañuelo el alcalde, sonó el tamboril del pregonero, y la cuadrilla pisó la arena de la plaza, vamos al decir.

El *Reservao* llevaba la cara envuelta en un pañuelo de hierbas, y no podía mover la fisonomía ni dirigir la palabra á los compañeros, ni escupir...

Volvió á hacer seña el alcalde. Los peones se colocaron en sus puestos; latía el corazón de los vecinos de Villabrutanda.

Y el tío Bandullo descorrió el cerrojo del corral...

Pero no salió el toro.



Quien salió fué un señorito alto, rubio y picado de viruelas con la dentadura deteriorada por el abuso del almíbar, y la nariz ligeramente torcida hacia la izquierda.

Venancia, al verle, dió un grito, y cayó desmayada en brazos del sargento de la guardia civil.

Aquel nuevo personaje, que procedía del corral en clase de toro interino, era Pepito Citrón, confitero de Albacete,

LUIS TABOADA.

CAPÍTULO VII.

La corrida.

La sorpresa del ilustrado público de Villabrutanda no tuvo límites.

Hubiérase dicho que todo el asombro, condensándose en la persona del alcalde, se había convertido en fuerza motriz que, distendiendo los músculos de las mandíbulas de aquella dignísima autoridad, abría su boca, profunda de suyo, de una manera inverosímil.

Sólo dos personas, vamos al decir, no participaron del sentimiento general.

Pepito Citrón, deslumbrado tanto por el sol que bañaba el redondel como por lo extraño de su situación, sólo pensó en huir, pegándose cuanto pudo á las talanqueras para ocultar el rubor que le causaba haber llegado tan prematuramente á aquel estado.

El *Percebe*, que caballero en una mula más grande que un dromedario, apenas distinguía desde aquella altura lo que tenía á sus piés, sintió también una especie de deslumbramiento. El miedo, turbando su vista, le hacía ver en el bulto que acababa de salir de los chiqueros el toro más corpulento y bien armado que pastó jamás hierbas en los llanos de Castilla.

De no haber cruzado por su mente en aquel momento las amenazas del alcalde; de no haberse representado los horrores del calabozo de la cárcel municipal si no cumplía con los elevados deberes que su profesión le imponía, hubiérase dado á correr; pero era hombre de pundonor, cerró los ojos, y cuarteando cuanto pudo la pesada mula sobre las tablas, puso á su vez la vara en suerte y el pensamiento en la dama de los suyos y aguardó la acometida.

Pepito Citrón se hubiera dado de narices con la cabalgadura, tal vez desahaciendo la imperfección que naturaleza dió á aquella parte de su rostro, si una fuerza superior no hubiera atajado su carrera.

La puya del *Percebe* acababa de incrustarse entre la quinta y sexta costilla del desventurado confitero.



Un grito de horror salió de todas las bocas. La misma hija del fiel de fechos, abriendo un solo ojo, gritó dominando el tumulto: «¡Bruto!» Y volvió á caer en brazos del sargento de la guardia civil.

Pero el estupor duró sólo algunos segundos. La primera autoridad de Villabrutanda comprendió que lo más selecto de Pesebre del Rey, Valronzaleda de Abajo y Pezuña del Obispo tenía los ojos puestos en lo que allí pasaba, y esto bastó para que cobrara su presencia de ánimo.

—A la cárcel *tóo* el mundo—gritó al alguacil que tenía á su lado.

Y dirigiéndose al pregonero, añadió:

—Bájate el tamboril, y anuncia que mañana, aunque no haiga toros, habrá toros.

Y mientras se subía por encima de las orejas el cuello de la capa, que para dar más solemnidad al acto había echado sobre sus robustos hombros á pesar de lo riguroso de la estación, prosiguió:

—Y al que no esté conforme, á la cárcel con él.

Dicho esto, salió con paso majestuoso y se trasladó á la casa municipal.

En el que, valiéndonos de una atrevida hipérbole, pudiéramos llamar suntuoso pórtico del palacio concejil

departían acaloradamente dos personas, mejor dicho, una persona y un sacerdote.

La persona era el secretario del Ayuntamiento, herrador de suyo y hombre adornado de no común ilustración, y de profundos conocimientos tanto sagrados como profanos. El sacerdote, dicho se está, que era el titular de Villabrutanda.



—Desengañese usted, D. Alifonso—decía el secretario en el momento de llegar el alcalde;—lo que dice, salvo sea el respeto de las sagradas órdenes que calza, es una barbaridad. Su profundo saber no puede creer en milagros.

—Yo no he dicho que crea en milagros; pero creer en embrujamientos ya es otra cosa, y todos sabemos que la tía Gurrumina es bruja.

—¿Y V. cree?...

—Que ella es la que ha hecho volar los toros.

El alcalde no le dejó acabar.

—Siendo cosa de brujería, á usted le toca arreglarlo. Si mañana por la mañana no están los toros enchiquerados, le meto á usted en la cárcel como tres y dos son cinco.

Y volviendo la espalda al asombrado cura, se llevó consigo al secretario al interior de la Casa Común.

Allí, después de estar encerrados un par de horas, salieron con verdadero aire de triunfo. Verdad que la obra que habían realizado era asombrosa.

Poniendo el alcalde sus luminosas ideas y el herrador la elegancia de la forma, confeccionaron un bando que apareció poco después en las esquinas, y de cuyo tenor no han conservado las crónicas más que el comienzo, que á la letra decía así:

«Villabrutandenses: Es una verdadera irnomia lo que por abruptas maquinaciones de los que quieren sumergir á este pueblo, patria de reyes, cuna de santos, en la más sofocante de las deshonras, hemos visto hoy descorrerse ante los órganos visuales de los aquí congregados por altísimos fines...»

El documento en cuestión terminaba con la frase que ya había pronunciado el alcalde, y que el secretario no encontró medio de descifrar: «Mañana habrá toros, aunque no los haya.»

Y con efecto, el cura, en quien las palabras del alcalde no habían dejado de hacer mella, debió acordarse de que allá en sus tiempos había sido un mediano exorcista, y tomando en vez del hisopo una vara de detener, montó en el cuartago que le ayudaba en la ardua tarea de administrar los últimos sacramentos á los vecinos de los pueblos sujetos á la jurisdicción de su curato, y tomó el camino que conducía á los Molinos sirviéndole de acólitos dos vaqueros que con facilidad encontró en la taberna.

.....

La altísima inspiración de un Homero fuera precisa para describir los múltiples lances de la corrida, y sólo el que contara con la fuerza imaginativa del Dante podría referir los tormentos, superiores á los que el poeta florentino hizo sufrir á los condenados, en que pusieron al *Pitri*, al *Noguila*, al *Cautela*, al *Reservao* y demás compañeros mártires los animalitos traídos al coso por la habilidad teológica de D. Alifonso.

Cinco cuartos de hora hacía que el *Reservao* estaba mechando á un buey

de propiedad del señor alcalde, que con desprendimiento sin límites había condenado al sacrificio, en sustitución de uno de los toros, que, rehacio á los exorcismos, había tomado el camino del hogar paterno, cuando el pregone-ro, saltando por encima de la apiñada muchedumbre, llegó hasta el sitio destinado á la presidencia, y acercándose al secretario de Ayuntamiento que servía de asesor á la autoridad, le gritó:

—Vaya V. pronto, que la hija del fiel de fechos se muere.

—¿Qué pasa?—gruñó el alcalde.

—No se sabe si es torozón ó pasión de ánimo; pero paíce que está en los últimos.

—¿Ha tomado alguna cosa indigesta?

—No, señor; pero como se ha comio de una sentá catorce libras de confi-tura que la trujeron ayer de Albacete, y aluego dicen si ese Pepito Citrón se quedará ó no enquilosao de la rabadilla pa riba, ella, que es así poquita cosa y tan aseñorá, paíce que no lo pué resistir.

—¡Pus á la cárcel tóo el mundo!—gritó el alcalde, mientras el secretario-albéitar corría á ver á la paciente.

Y como las cuadrillas vieran que la primera autoridad de Villabrutanda dejaba el palco presidencial, ellos, abandonando al brazo secular de la guar-dia civil aquel buey inmortal, creyeron terminada su misión.

Pero, ¡oh decepción terrible! Apenas el *Reservao* había salido de la juris-dicción en que él mandaba en jefe, la pesada manó del alguacil se posò sobre su hombro y oyó una voz un tanto tomada del vino que le decía:

—¡A la cárcel!



Si el hombre hubiera podido hacer valer su elocuencia, otra cosa hubiera sido; pero la inflamación, que con la agitación de la brega había tomado elefantíacas proporciones, no le permiti-ó desplegar los abultados labios y tuvo que resignarse á dormir en un calabozo.

De él le sacó, sin embargo, una mano providencial.

Una desconocida dama, presentán-dose aquella noche al alcalde, le dijo con entereza:

—Yo sé el paradero de la chaqueti-

a azul. Si se pone en libertad al *Reservao*, yo diré dónde está.

CAPÍTULO VIII.

Consecuencias.

— *Todo lo puede el amor y no hay plazo que no se cumpla, ni... chaquetilla que no parezca.*

Esto dijo el sapientísimo maestro de escuela de Villabrutanda al tener no-

ticia del hallazgo profetizado por la misteriosa dama, que no era otra que la resalerosa Jesusa, sultana favorita del *Reservao*.

Y encaminándose á paso de buey, porque el estado de su estómago, en íntima relación con el de su bolsa, que contaba ocho meses de retraso en la paga, no le permitía mayor velocidad, entró en el *Palacio municipal*, al que habían acudido ya, previamente

convocados á son de cencerro, los ilustres próceres que, con el tío *Blas Res-*



pingo, compartían la árdua tarea de hacer de cabestros, y perdóneseme la comparación siquiera por lo gráfica, y guiar á los felices habitantes de aquel renombrado pueblo.

La primera autoridad no se había atrevido á decidir por sí solo en tan delicado asunto, porque era lo que él decía:

—Si se tratara de una mejora pa el mejor parecer de la población, *pata*; no nesecitaba á naide. Bien lo probé cuando los mozos me pidieron *agarraores* pa atar las caballerías en la plaza los días de mercao. Allí están fijaos en la puerta veinte cuernos de carnero que puén sujetar á tóos los villabrutenses por lo fuertes que son. ¡Y que tóo aquello salió de mi cabeza, y me lo han envidiao el arcarde de Zopencos y el regior de Baticola!

Pero aquí se trata de un perturbaor del orden, y la autoriá es la autoriá. Yo por mí soy mu arrojo y mu testaruo, y de buena gana dejaría morir á mi hija, y á mi mujer y á tóas mis bestias con tal de salirme con la mía y meter la testuz por donde pienso; pero se trata de la Venancia, y el fiel de fechos es el mayor contribuyente del pueblo y el amigo del deputao, y pué limpiarme el comeero, y por eso no hay que cocear.

Esta fué la causa de que, contra su costumbre, el tío Blas reuniese bajo su *dina presidencia*, como gritaba el pregonero llamando á concejo, con el auxilio del cencerro, á *tóos los de la justicia y presonás de dinia de Villabrutanda*.

Reuniéronse, pues, además del Ayuntamiento, el herrador, el barbero, el maestro y el cura; y ante aquella *ilustre asamblea*, y escoltada por el alguacil y acompañada de Celestina la *Tuerta*, su consorte en el rapto de la chaquetilla, se presentó Jesusa con la *persopopeya* y altivez que el caso requería.

La carencia de taquígrafos en el augusto recinto nos impide dar los discursos detallados de los oradores que alternaron en el debate; pero el acta redactada por el albéitar-secretario contiene las frases de la dama y la luminosa defensa que el maestro, partidario de las buenas mozas que le recordaban tiempos borrascosos de su juventud, pronunció en favor de la doncella de la calle del Carnero.

Sepan usías—dijo la Jesusa—que tóo ha sío un *razto* de celos. Yo quiero al *Reservao* más que á las niñas de mis ojos porque es un hombre de ver-güenza y demás. Y él me quiere á mí y me tiene das más bofetás que achuchones ha sufrido. Y si al venirse se arregló con la Robustiana fué porque tenía guita y yo no tengo un botón; porque hasta el mantón de ocho puntas que compré el invierno lo tengo empeñado pa darle á él pa tabaco; y si no, aquí está la papeleta que no me dejará mentir. Pero él está guillao por mí, y en cuanto se le acaben los cuartos vendrá como un cordero, porque es de buena ley. Y yo, pa traerle al querer, le afané la ropa creyendo que lo conocería y vendría á hacer las paces pa recobrarla. Pero el *Reservao*, aunque torero, es

muy bruto y no lo ha *chanelao*. Y en fin, usías no saben lo que es el querer de una hembra porque son *machos* tóos y no se han aficionao á ningún barbián. Mas ya que veo que la justicia anda por medio y quieren armarle un lío, yo daré la chaquetilla, que no ha perdío su virtud por estar conmigo, antes ha ganao; pero con dos condiciones:

La primera, que *encontinente* dejarán salir de la cárcel á tóa la cuadrilla; y la segunda, que nos pagarán el viaje á nosotras pa dir á Madrí, porque nos hemos quedao sin un rial pa la vuelta, y no está bien que, ya que somos de la cuadrilla, vayamos á la corte sin la debia representación. He dicho.



Al oír la segunda parte de la proposición, la *asamblea* se convirtió en un campo de Agramante.

El Alcalde opinó que las dietas del viaje se pagasen con cargo al capítulo de instrucción pública; el maestro puso el grito en el cielo y pidió que lo

abonase el fiel de fechos, pues por la salud de su hija se había exigido la *chaquetilla azul*, causa de todo aquel jaleo; y el albéitar, el barbero y *Malmira*, segunda autoridad del distrito, propusieron que lo sufragase el tío Blas, á quien competían los gastos de representación del pueblo.

Por fin el maestro, que veía en lontananza un interregno de nómina de cinco á seis meses, dominó el alboroto, y ayudado por el alcalde, que se había colgado el cencerro presidencial para poder agitarlo con más soltura, habló así:

—*Ilustres ediles:*

—El dedil será usted y toda su familia—interrumpió el regidor, que casualmente tenía un dedo liado en un trapo á consecuencia de un bocado que le dió su mujer—y aquí no se hacen alusiones.

El maestro prosiguió, no sin dirigir al interruptor una mirada de lástima:

—Ante todo, debo manifestaros que no es nuevo este caso de venganza mujeril. La *Historia Natural* está llena de lances semejantes que han ocasionado mayores trastornos. Por despreciar á Cleópatra perdió Napoleón la

batalla de Pavia; por abandonar á Lucrecia, reina de Cartago, no descubrió Alejandro la América, y en nuestros días os sacaré un ejemplo del mismo arte taurino, que vale por mil. ¿Cuál ha sido la causa de no haber inaugurado Costillares la plaza nueva de Madrid? ¿Cuál?

El negarse á dar la alternativa á la *Fragosa*.

La pasión de los celos es como las banderillas de fuego; pincha cuando entra y quema cuando está en la herida.

Soy de parecer, pues, que se disculpe este acto impensado y se dé suelta á los presos, pagando á todos el viaje para evitar nuevas complicaciones. En cuanto á la *chaquetilla azul*, precioso talismán de salud, quédese en poder nuestro como reliquia inapreciable.

Las elocuentes frases del orador y sus vastos conocimientos históricos llevaron el convencimiento al ánimo de los representantes de Villabrutanda, y en su virtud se acordó poner en libertad al *Reservao* y demás compañeros mártires, y que Jesusa y Celestina fuesen las portadoras de la orden deseada, previa la entrega, por supuesto, de la *chaquetilla*, que ellas dijeron tener oculta en la posada del tío Ercétera.

Item más; para que en lo sucesivo no ocurriesen disturbios ni hubiese que acudir á extraños, se determinó suprimir la *escuela de primeras letras* y fundar en su lugar una *escuela de tauromaquia* que hiciese célebre á Villabrutanda; pues si Ronda y Sevilla habían adquirido un nombre en el arte, honor no concedido á Villamelones ni Puebla del Ronzal, no sería extraño que en el porvenir la *escuela villabrutandense* fuese la gloria del toreo, porque, según van los tiempos, muchos diestros se afiliarian desde luego en esta nueva universidad.

Dicha medida ocasionó algunas protestas del maestro, y para calmarle se convino en que él sería el director del nuevo Instituto, esperanza de la población, y daría á los niños lecciones preparatorias á topacárnero, aunque dejando en libertad á los papás para ensayar en casa con sus hijos todas las clases de embestidas para las que tuvieran poder y voluntad.

Y hecho esto se levantó la sesión.

En tanto que se tomaban acuerdos tan trascendentales por los notables villabrutenses, las tres *vítimas* de los celos de Jesusa habían sufrido mudanzas asombrosas en su crítico estado.

Venancia, la romántica *fiel fechera*, mártir del amor y el almíbar, merced á unos sorbos de aceite, remedio que la dió el albéitar y que ya había ensayado con las caballerías, pudo verse libre de la *dulcitis* que le aquejaba, no sin haber hecho partícipe de sus angustias y golosina á la tía *Gurrumina*, que la asistía, y que en aquel trance creyó también morir de empacho de almíbar sin probarlo, aunque quedándose al exterior lustrosa y reluciente como fachada recién revocada.

Pepito Citrón, el cornúpeto aficionado, que por haber tomado la alternativa de buey, previniendo sus altos destinos, tenía entre la quinta y sexta costilla en la que cabían dos libras de dulces secos, también estaba mejorando, gracias á una bisma que le colocó la misma *Gurrunina*, su enfermera, por encargo expreso de Venancia.



Y finalmente, el *Reservao*, que estaba en la cárcel malferido por las pruebas del entusiasmo popular, á causa de la frialdad de su aposento había visto disminuir el aumento de sus morros y ya iba pareciendo una persona, aunque fea de nacimiento.

Mas volvamos á los hechos.

Apenas la Jesusa supo el acuerdo del concejo, corrió presurosa á la posada en busca de la codiciada *chaquetilla*, ansiando abreviar los instantes que faltaban para abrazar al *Reservao*.

Pero ¡oh desengaño, el más horrible que registra la historia! La *chaquetilla azul*... no estaba en su cuarto.

—¡Me han robado!—rugió trémula de indignación la enamorada moza.

—¿Qué dice usted, señora?—exclamó el tío Ercétera.—Aquí nadie es capaz de tocar al pelo de la ropa.

—Pues no está donde la dejé.

—¿Cuál?

—¡La *chaquetilla azul*! ¡La libertad del *Reservao*!

—¡Toma, toma!—interrumpió la *Gurrunina* entrando.—¿Busca usted un trapajo viejo y muy suave que tenía guardao debajo de la cama?

—Eso, eso era.

—Pues cuando se curó hoy á Pepito no había na á mano pa contener la sangre, y buscando, buscando... lo encontré, y creyendo que no servía lo rompí, y aluego lo he tirao. Miste, aún queda un cacho.

Y yendo á la cocina, trajo para probar su aserto media manga de la *chaquetilla azul*, pero llena de ungüentos y sangre.

Al ver los restos de la prenda de salvación, la Jesusa cayó desplomada sobre el pavimento.

MANUEL REINANTE HIDALGO.



CAPÍTULO IX.

¡¡La pareja!!

La noticia de lo ocurrido circuló por Villabrutanda con la velocidad del rayo.

El alcalde llamó á su despacho al juez municipal, y éste le dijo:

—Señor alcalde: por lo que pueda ocurrir, y para evitar un alboroto, creo debía V. poner en estado de sitio el pueblo.

—¿Y cómo se hace eso, D. Serapio?

—Pues ocupando militarmente la plaza; la cosa no tiene mucho que hacer.

—De manera que V. cree...

—Que se avise por medio de oficio al pueblo de Villazoquete, que tiene puesto de guardia civil, y se pida.

—¿Qué pedimos?

—Tal vez con seiscientos ú ochocientos guardias.

—Hombre, me parecen muchos.

—Uno por vecino.

—Pero D. Serapio, ¿los habrá?

—Eso no es cuenta nuestra; que los hagan. Usted se dirige al jefe del puesto en atento oficio diciéndole las razones que le asisten para reclamar esa fuerza; lo demás corre á su cargo. Con que ponga V. el oficio, y vamos al lugar del crimen.

Escrito el oficio, el alcalde llamó al alguacil, y éste salió de Villabrutanda en dirección á Villazoquete.

El alcalde, D. Serapio, el secretario de Ayuntamiento, que ejercía igual cargo en el juzgado, el maestro de escuela y el apodado el *Morros*, alguacil supernumerario sin sueldo, dirigieron á casa de la Jesusa, donde estaban la Venancia, la tía Gurrumina y la Celestina.

—Jesusa había *regresado* de su síncope, como decía Venancia, y en cuanto vió á D. Serapio exclamó:

—¡Justicia, señor, justicia!

—Vamos por partes—dijo D. Serapio sentándose ante una mesa con el alcalde á la derecha, el secretario á la izquierda, y al lado de éste el maestro de escuela.

—Hable, V., señora.

—Pus na, que la tía Gurrumina ha destrozao toda la chaquetilla; y yo, crea usía que á nadie achaco más que á la tía Celestina ese *rato* de furor. Averigüe usía, indague usía.

—Eso, eso, señor juez; es necesario que la chaquetilla azul aparezga íntegra é inedita, si no se arde Villabrutanda, y afusilo medio pueblo—dijo el alcalde.

—Calma, señor alcalde: yo buscaré á estas señoras las cosquillas, y...

—Oiga V.—dijo el maestro de escuela—cuidaiito, que mi sobrina anda en el ajo, y su tío no permitirá que nadie la busque nada.

—El señor juez habla en sentido simbólico—dijo el secretario.

—Eso es otra cosa—contestó el maestro.

—Pues decía, señores, que buscaremos el por qué desde su nacimiento; pero es necesaria aquí la presencia de los toreros, sobre todo del matador.

—Oye tú, *Morros*—gritó el alcalde—vete y busca los dos mozos más brutos del pueblo, y que traigan al *Reservao*.

—Señor, donde estamos usía y yo no hace falta *naide*.

—Tienes razón; por algo soy alcalde.

—Y yo alguacil.

—Pus andando.

Salieron el alcalde y *Morros*.

Jesusa continuó:

—Sabrá usía, señor juez, que la Celestina me tiene tirria, mirria y mala voluntad.

—Que se escriban esas palabras—gritó Celestina, que era mujer muy leída y escrita, según voz pública.

—Escriba, señor secretario.

El secretario se acercó al maestro y le dijo:

—¿Y cómo se escribe eso?

—Con muchas erres, chico, no las escatimes.

—Pero sepamos—dijo el juez á D. Serapio—cómo, cuándo y de qué modo ha venido aquí esa chaquetilla.

—Averígüelo usía—dijo Celestina—esa es su obligación, pus al decírselo, vaya una gracia que lo adivine.

—Usté habla cuando la pregunte. Señora Jesusa, tiene usté la palabra.

—Pues miré usté y usía, señor juez; yo me truje aquí para que el *Reservao*, que me corroe el alma de celos, viniese en mi busca; pero él es *burri-ciego* y no ve de lejos; por esta causa no arrearó en la jugada. No vino, yo salí; ese espantajo de D. Pepito vino todo *avugerao*, y la señora Venancia, á quien sin duda, y usía, señor juez, estará conmigo, destetaron con merengue, *sedució* á la Gurrumina para que le curara, y á falta de vendajes rompieron la *chaquetilla*, y mié usté cómo la han puesto. Y sacó la manga impregnada de ungüento.

—Venga como cuerpo del delito—dijo D. Serapio.

—Cójala usté, señor secretario.

—D. Serapio, ¿y por dónde?—dijo el infeliz secretario al ver que la manga estaba chorreando.

—Por donde pueda; obedézcame. Y ahora, tia Gurrumina, ó encuentra usted lo que falta de la chaquetilla, ó la meto en la cárcel como ocho y siete son...

—Diez y seis—dijo el maestro.

—Eso, diez y seis—continuó D. Serapio.

—Miste, señor usía—dijo la Gurrumina—aquí hay gato encerrado.

—Lo que á mí me parece—replicó el maestro—es que hay muchas gatas por encerrar.

—Señor profesor, no tergiverse la acción de la justicia; escuche, oiga y atienda.

—Pus como decía, la Celestina y la Jesusa se pirran por ese *maleta*.

—¡Alto ahí! ¿Quién ofende á mi *presona*?—dijo el *Reservao* entrando en la sala acompañado del alcalde, el *Morros*, el *Noguila* y el *Cautela*.

—¡*Reservao* de mi alma!—dijo Jesusa lanzándose al encuentro del mataor. Pero el alcalde la detuvo, exclamando:

—Señora, más circunscripción, ó como me llamo Blas Respingo va V. á Galeras.

—Aceleradas...—dijo la Celestina.

—Miste la...

—Calla, Jesusa, deja á esa...—dijo el *Reservao* cortando la comenzada frase de Jesusa.

—Orden, orden, que afusilo á tóo el mundo. A ver, ¡*Morros*, empuña la vara, y al que chiste, palo.

Todo quedó en silencio.

El *Reservao* tenía la cara verde como hoja de ebónibus. *Cautela* más pálido que el papel, y *Noguila* más negro que hueco de chimenea.

—Vamos, señor juez, cumpla V. su oficio.

—Señor alcalde, aquí mando yo.

—*Morros*, preparen—dijo D. Blas.

El *Morros* levantó el garrote sobre D. Serapio. D. Serapio agarró el tintero y lo arrojó á la cara del alcalde, que quedó transformado en negro chorreado.

Por unos instantes, palos, cachetes y mordiscos reinaron por doquier. Las señoras atronaban la sala con sus gritos. Cuando se restableció la calma, la situación de los personajes era la siguiente:



El *Cautela* y el secretario, debajo de la mesa del juzgado instructor, en cuclillas y agarrados de las manos como jurándose mutua protección.

El *Morros*, con la manga de la chaquetilla azul puesta como una bizma en su cara, y de la que en vano pugnaba por apartársela.

El *Noguila*, sosteniendo en sus brazos á la desmayada Venancia.

El *Reservao*, desmayado en brazos de Jesusa.

D. Blas y D. Serapio, abrazados como Daoiz y Velarde.

Y el maestro, la tía Gurrumina y la Celestina, en un rincón y con las manos en la cintura, relan estrepitosamente.

—Esto se pone negro—dijo el alcalde pasándose la mano por la frente, de la que manaba tinta.

—Eso digo yo—respondió D. Serapio.

—Esto tiene que dar una vuelta—añadió el alcalde.

—¡Morros!

—Señor—dijo el *Morros*, que aún no había logrado quitarse la bizma.

—Quítate la máscara, que ya nos conocemos todos, y ve á ver si viene el alguacil.

—¡Secretario!—gritó D. Serapio.

El secretario y el *Cautela* sacaron su cabeza cada uno por el costado de la mesa, y á una voz preguntaron:

—¿Pasó ya?

Y al ver la tranquilidad reinante salieron de su escondrijo.

Merced á un par de cubos de agua, Venancia y el *Reservao* volvieron en ellos, con sentimiento del *Noguila* y de Jesusa.

—Continúo—dijo D. Serapio.

—Continúe V.—dijo el alcalde convertido en frasco de la reina de las tintas.

—¿Quién estaba hablando?

—Yo—dijo adelantándose el *Reservao*.

—Pues hable V. sin reservas—dijo el juez.

—Mire V., señor juez, yo quiero á esa porque sí—dijo señalando á Jesusa—y á esa otra—dijo señalando á Celestina—la tengo afición; pero...—y se detuvo al ver el movimiento de Jesusa y Celestina—casarme no me casaría con ninguna. Nuestra profesión es libre, y libres debemos ser tóos los que la profesamos.

—Eso digo—añadió el *Noguila*—y por eso nos vamos á ir hoy mismo libres.

—Eso será lo que tase un sastre.

—Vamos, señor alcalde, que usted hará lo que yo le diga, ó le meto algo en el cuerpo.

—Imponga V. orden, señor juez.

—Tiene razón éste—dijo el *Cautela*—ya sacabó tóo; ¡á ellos!

Y cogiendo una silla, arremetió con el alcalde, el *Reservao* con el juez y el *Noguila* con el secretario.

Ya iban á escapar para poner en libertad á los demás toreros que en *chirrona* quedaban cuando el *Morros* entró gritando:

—¡La pareja! ¡La pareja!

Una pareja de la guardia civil se presentó en el local, y como primera providencia, y en espera de lo [que determinase el cabo, que con otros dos individuos del cuerpo no tardarían en llegar, resolvió detener á todos los que allí se encontraban; y apuntando con los fusiles desde la puerta, gritaron á una voz los dos guardias:

—*Todo el mundo preso!*

GONZALO SÁNCHEZ DE NEIRA.

CAPÍTULO X.

Telegramas.

- ¡Sus han reventao, rediós!
- ¡Bajar las escopetas! ¡No vale tirar!
- ¡Maldito sea un dolor! ¡Ya estamos agarraos otra vez!
- ¡Ay, mi madre!
- ¡Me valga!
- ¡Socorro!
- ¡Duro con ellos!
- ¡Granujas!
- ¡Boceras!
- ¡Mala puñalá te dén!
- ¡Agua!
- ¡Que me da!
- ¡María Santísima!

Todas estas exclamaciones sonaron en el despacho del alcalde como informe vocerío, llenando la estancia de confusiones mil y saturando el ambiente de un vaho indescriptible, donde chocaban, se empujaban, se quebraban y desahogaban las emociones violentísimas de todos los personajes.

Aculado como un chacal el *Cautela* blandía aún en sus manos la silla con que había arremetido contra el alcalde.

El *Reservao* tenía cogido por la cintura al juez; y el *Noguila*, que de una zancadilla había arrojado al suelo al secretario, manteníale allí fiero, apoyada en el pecho una rodilla y amenazándole en actitud brutal, levantado el puño derecho y brotándole llamas la mirada.

Jesusa, Venancia y Celestina, espantadas, tenían los ojos fijos en la puerta; y la palidez de los semblantes, el temblor de los cuerpos, lo indeterminado de la vista y cierta convulsión incipiente que asomaba á los labios, reflejaban la tremenda emoción que habían sufrido.

El alcalde se había rehecho al ver su autoridad amparada de modo tan insólito, y contemplaba á los guardias con aire de inenarrable satisfacción.

Y el juez y el secretario meditaban bajo el poder de sus implacables enemigos, mientras el *Morros* se relamía los suyos con la beatitud de un gato harto de cordilla.

Aquella espantosa situación no podía durar mucho, y duró poco, en efecto.

Los dos guardias bajaron los fusiles, y reinó en el despacho un silencio sepulcral.

—¿Qué ha pasao aquí?—preguntó uno de la pareja con galones de civil distinguido.

Todos quisieron contestar á un tiempo; el *Reservao* comenzó á gritar; el alcalde se interpuso y gritó á su vez; el *Cautela*, por no ser menos, se puso á blasfemar como un energúmeno; las mujeres entonaron un *trío* de urracas capaz de ensordecer á un elefante; y entre las voces y las imprecaciones, formóse de nuevo revuelto montón, que obligó á los guardias á echarse otra vez los fusiles á la cara.

—Como no sus calléis, sus hago polvo—dijo el distinguido.

Escuchar el *Reservao* el timbre de aquella voz y pintarse en su semblante la más grande de las sorpresas, fué todo uno.

¿Quién era aquel guardia? Al parecer, uno de tantos, mocetón fornido y seco, con las facciones duras, pómulos salientes, algo picado de viruelas y ostentando un bigote feo, encrespado, sucio, que mordía el labio superior y lo tapaba como un felpudo manchado de orines.

Para un observador, aquel bigotazo de puntas había nacido tardíamente, había crecido y se había desarrollado como una vegetación comprimida.

No cabía duda; la navaja de afeitar se había enseñoreado durante muchos años del labio superior, y traía ahora la avalancha de pelos tiesos é incultos que, en tumultuoso tropel, se introducían en la boca y pinchaban las encías.

—Que hable uno y mucho ojo, porque aquí no valen romances. A mí me gusta el ganao manejable y que deje yegar. Si sus salís rebrincando, sus mando á tos al corral, y pata.

Así habló el guardia, bajando por segunda vez su fusil.

Y dirigiéndose al compañero, le dijo:

—Abájate el arma, y sal por piés pa la puerta y espérate allí, que yo basto pa meterles el resueyo en el cuerpo á estos mal trazaos.

El *Reservao* se volvía loco. ¿Quién era aquel hombre, constituido en autoridad, que hablaba de *romances* y de *ganao manejable* y de *dejar yegar*? ¿Quién era aquel benemérito civil que se expresaba como un maleta?

Y miraba fijamente al guardia, y trataba de penetrar el misterio que aquellas palabras envolvían, oliendo algo extraño que haría de cambiar por completo la faz de su accidentada existencia.

—¿Quién es el alcalde del pueblo?—preguntó el guardia.

—Servir á usted—contestó inmediatamente el interesado.

—Pus echusté por esa boca.

Y el alcalde echó por ella lo siguiente, señalando con ira al *Reservao*:

—Este tío es un granuja.

El *Reservao* brincó como si le hubieran pareado.

—¡Granuja yo! ¡Granuja yo!—gritó furioso.—Pa chasco que me deje yo llamar granuja por nadie, cuanto ni más por un sinvergüenza.

Y ¡zas! levantando la mano derecha y exclamando brutalmente:

—¡Maldita sea la hora que has nació! dejó caer el puño cerrado sobre la cara del alcalde, y arrimóle tan tremenda puñada que tumbó al infeliz en el suelo hecho un harapo, y quedó sin conocimiento, rígido, estirado, lo mismo que un poste.

Y allí fué Troya. Las tres mujeres, como movidas por una fuerza simultánea, largaron sendos chillidos estridentes y cayeron sobre el pavimento presas de terrible convulsión.

La Celestina y la Venancia fueron á chocar con sus cuerpos al del alcalde, que yacía en tierra, y quedaron inmóviles á derecha é izquierda de la autoidad derribada; pero la Jesusa demostró desde el primer momento síntomas graves.

Puso la mujer los ojos en blanco, cerró la boca, rechinaron sus dientes, y, desperezándose en violenta contorsión, comenzó á dar saltos de trucha en seco, con tanta rapidez que fué á dar con la cabeza contra las piernas del guardia civil.

El *Reservao* corrió á socorrer á la accidentada, cogiéndola una mano, se apoderó de la otra el *Cautela*, y la sostuvieron entre los dos, esforzándose en neutralizar los sacudimientos nerviosos de la víctima, mientras el *Morros*, por orden del guardia, iba á la cocina á buscar vinagre.

Jesusa se ahogaba entre tanto.

Respiraba con fatigoso anhelo, reía á carcajadas á veces, otras pugnaba en vano por llorar.

Y todos la contemplaban con el interés que despierta siempre el sollozo femenino.

—¿Viene el vinagre ú qué?—preguntó *Cautela* con ansia.

—El *Morros* ha ido á buscarlo—contestó el juez.

—¡Morros! ¡Morros! ¡Morroooooos!—gritó desesperado el *Reservao*.

—Aquí está—dijo el aludido presentándose.

—¡Trae, maldita sea tu estampa!

Y agarrando el vaso y untando en él la mano derecha, largó á Jesusa una rociada feroz.

—¡Como si no!—observó *Cautela*, al ver que la accidentada continuaba lo mismo.

—¡Esgárrala el corsé, animal!—gritó entonces el guardia.—¿No ves que si no pue tomar aliento espicha?

—Es que no matrevo—dijo tímidamente el *Reservao*.—Es una señora, y...

—¡Qué señora, ni qué niño muerto! Pues ni que fueras tú un panoli.

Y dirigiéndose á *Cautela*:

—Anda tú, *Cautela*, y ¡duro!

Y fué *Cautela* y metió mano al corsé de Jesusa, que deslazó en un instante.

La garganta de Jesusa apareció entonces colorada, sanguínea, apetitosa, y dejó ver la línea divisoria del pecho, que subía y bajaba, hinchando las venas, despidiendo un aroma de carne vigorosa y fuerte, un tufo sensual que aspiraron con delicia *Cautela* y el *Reservao*.

—Mójate la mano en vinagre y dále friegas en el corazón—ordenó el guardia.

Los dos toreros se miraron de hito en hito, asustados de lo que acababan de oír.

—Paecéis señoritas—exclamó el guardia.—Venga el vaso, que allá voy yo.

Y metiendo la velluda mano en la garganta de Jesusa, bajó la camisa, dejó en descubierto el pecho izquierdo y comenzó á friccionar á la desventurada con bárbaro entusiasmo.

A la vista de aquel seno sonrosado y redondo, duro como el mármol, que se ofrecía á los ojos del *Reservao* y de *Cautela*, quedaron estáticos los dos.

Sus labios temblaban, dilatábanse las narices, sentían cosquillas en la nuca, y un calor, tibio al principio y volcánico después, iba atropellando la circulación de la sangre y envolviéndolos á los dos en una atmósfera de libidinosidad irresistible.

—¡Me valga Dios, qué pecho!

—¡Superior!

—¡Míá tú que pa un volapié!

—¡Hasta la mano, y las mulas!

Y así estaban los dos, como dos gorilas lascivos, con la lengua fuera, sal-



tándoles los ojos de las órbitas, sudando lujuria por todo el cuerpo, cuando el *Reservao* soltó de repente un horrible juramento y se llevó la mano á la cintura.

Era el alcalde que había vuelto en sí, se había levantado, había agarrado un garrote y soltado al *Reservao* un estacazo monumental en los riñones.

Fué el torero á lanzarse sobre el alcalde; pero la vista del pecho de Jesusa le dejó clavado en su sitio.

—¡En cuanto ésta se ponga buena te hago cisco!—mugió tuteando á la autoridad.

Escuchóse entonces un ¡aaaay! prolongadísimo.

Era Jesusa que volvía en sí.

Verse la mujer con el pecho desnudo y dar un puñetazo al *Cautela*, un mordisco al *Reservao* y una patada al guardia, fué todo uno.

—¡Cochinos! ¡Indecentes! ¡Marranos! Así sus dé la cólera y reventéis. ¡Miá que desnudarme á mí, miá que echarle lo suyo fuera á una mujer esampará!...

Y puesta en pié, erguida, amenazadora, hizo retroceder á todos y los mantuvo á distancia, temblorosos, avergonzados, mudos.

Peró en aquel instante el guardia se irguió á su vez, y con ademán solemne pegó un tirón al bigote y lo arrancó de cuajo.

—¡El *Tortal*! ¡El *Tortal*!—exclamaron maravillados el *Reservao* y el *Cautela*.

—¡Anda, anda!—dijo estupefacto el *Noguila*.—Ni Dios te conoce de como estás ahora y de como estabas cuando eras entra y sal en las noviyás de puntas de Villamelón.

—¡A cayar tocan!—interrumpió el fingido guardia.

Y metiendo la mano en la pechera del uniforme, sacó de allí dos papeles azules.

—Este parte pa tí—dijo al *Reservao*.

—Y este otro pa usted—dijo al alcalde.

Los dos abrieron á un tiempo sus respectivos telegramas.

El *Reservao* se frotó las manos y brilló en sus ojos insólita alegría.

El alcalde dejó caer los brazos con profunda amargura, bajó la vista y quedó petrificado, lacio, mudo, lo mismo que un idiota.

En medio de la ansiedad de todos, rompiendo el embarazoso silencio que envolvía al despacho municipal, miró al alcalde el *Reservao*, le miró descaradamente, con aires de conquistador y expresión de altanería y de desprecio.

Y haciendo una señal de inteligencia al *Cautela* y *Noguila*, salió de la estancia majestuosamente seguido de sus dos compañeros.

Quedaron los demás en el despacho del alcalde, mirándose los unos á los

otros, inmóviles, ansiosos como en espera de algún cataclismo que al esfuerzo de ninguno de los presentes fuese dado conjurar.

Y mientras Jesusa se tapaba el pecho, y el alcalde apretaba un enorme chichón que le había levantado el *Reservao*, y la Venancia y la Celestina seguían tendidas en el suelo, y el secretario y el juez abrían las bocas, y el *Morros* clavaba ojos de imbécil en el guardia, el fatal telegrama, el papelito azul continuaba allí, sobre el pavimento, como una *jettatura*, como un objeto supersticioso que todos miraban aterrorizados y nadie se atrevía á tocar.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

CAPÍTULO XI.

De regreso.

¿De quién era aquel telegrama dirigido al *Reservao*?

¿De quién el que llegó á manos del alcalde?

¿Quién era el *Torta*?

¿De dónde venía?

¿Quiénes fueron sus padres?

¿Los había tenido?

¿Qué opiniones políticas profesaba?

¿Por qué se disfrazaba de guardia civil?

¿Y su compañero?

¿Aquellos uniformes eran inéditos? Es decir «auténticos», que significa lo mismo según el maestro de Villabrutanda.

¿Cuándo volverían en sí Venancia y Celestina?

¿Se consolaría Jesusa de aquella publicidad de sus formas?

¿Se reconciliarían el señor juez y el alcalde cabeza de partido?

¿Cobraría sus atrasos el profesor de instrucción primaria?

¿Quién puede saber todas estas cosas?

Pues van ustedes á saberlo casi todo.

El *Torta* había sido siempre un chico artista *per se* y por accidentes.

Al saber que el *Toledano* se sentía tenor de alternativa, sufrió el *Torta* muy malos ratos por no sentirse *Toledano* absoluto; pero él tenía voz de bajo subterráneo aunque latente.

Se dedicaba á picar en mojigangas por modestia de los demás.

El mote de *Torta* le sobrevino de su primitiva carrera ó facultad, que fué la de constructor de tortas de aceite con pan usado.

Viendo que la afición estaba perdida para un picador de bien, enemigo de molestar á toros y de hacer sangre al prójimo de cualquiera ganadería, se dedicó al teatro, pero en las afueras.

Se cantaba poco, aunque mal, porque su fuerte era el drama: se recitaba sólo el *Tenorio* y *La capilla de Granuja*.

Pero con tal entonación, que en las notas graves helaba la sangre á los chiquillos y cortaba la leche á la nodrizas en el propio seno.

Resuelto á buscarse la vida honradamente, había formado con varios amigos, también *inficionados*, una compañía volante de artistas para *hacer las ferias* en varios pueblos.

Con este fin cayeron sobre Villabrutanda, él como director y barba (de mico), otros tres actores, una dama patrona y otra dama joven encargada también de llevarse el primer apunte.

En un corral del pueblo establecieron el teatro, y en la noche misma co-

rrespondiente al día de la batalla en casa del alcalde deberían echar *Deuda de sangre* con el título de *Pagaré ensangrentado* para no pagar derechos al autor ó al editor, desorientados por el arreglo del título.

En *Deuda de sangre* salen los



civiles, y por esta razón estaban disfrazados el *Torta* y otro delincuente, digo, otro actor movilizado.

Examinando los uniformes con detenimiento, se veía que las polainas eran, más que de guardias civiles, las que usó á diario San Isidro Labrador; las levitas habían servido para hacer *El hombre de mando*, también con el título disimulado por mor de los derechos del autor, en esta forma: *El cabrito escamón*.

Y sin el suplemento de los faldones, que eran portátiles, para hacer de *Ratas*.

Los sombreros eran *jongos*, apuntados para imitar tricornos.

En la puerta del corral estaban los artistas así disfrazados, cuando llegó el pregonero invocando su auxilio.

—De parte del señor alcalde, que vayan ustedes de seguida—les dijo.

Y el *Torta* y su compañero, temerosos de alguna brutalidad municipal relacionada con la función, acudieron á escape.

Enterados del caso, y reconociendo al *Reservao* y cuadrilla, sacaron partido de la situación.

Los fusiles eran de guardarropía.

—¿Se van ustés pa el Ayuntamiento?—preguntó á los guardias en el camino el peatón conductor de correos y telégrafos, ó el *direitor*, como le denominaba el vecindario, achicando, aunque involuntariamente, al señor Mansi.

—Sí, señó; pa el Ayuntamiento nos vamos—respondió el *Torta*.—¿Qué se ofrece?

—Pues, ná; estos partes pa el alcarde y pa el matachín ese de los toreros; pero como todo que viene al pueblo es pa el alcarde, asín sea dē afuera como del extranjero... Y que puá ser que sean urgentes, porque están ahí dende anteanoche.

El telegrama dirigido al *Reservao* decía así, lo cual que asombró algún tanto á los circunstantes:

«*Madrid 22 (7'30 tarde)*.—Toros de Pichichi y hermanos, lidiados en Villabrutanda, superiores; caballos, 50.—*Reservao* fuego en uno, al corral con los otros toros. El *Pitri* temerario, ovaciones, sacado á cuestas; pareando en el banquillo, admirable. *Reservao* torea domingo en Retiro.—J.»

—¿Qué te dicen?—preguntó el *Cautela*.

—Ná, que toreo el domingo en Madri; no sé si te habrás enterao. Pero miá tú que parear el *Pitri* en el banquillo... Ajusticiao había de verse allí. ¡Qué parcialidades!

—¿Por supuesto que me llevarás?—preguntó el *Cautela*.

—Ni que decir tiene, hombre; tú picarás toas las que yo tenga.

El *Cautela* miró al trascuerno á la Jesusa, como diciendo:

—¿Y ésta?

Vamos al decir, la corrida del Retiro.

El parte que había recibido el alcalde era del tenor siguiente:

«*Reservado*. Alcalde destituido Ayuntamiento. Llegará delegado Gobierno con instrucciones.»

El alcalde pensó aterrorizado en su porvenir, y aun en el de la patria, entrando de alcalde el *Reservao*.

—La primera determinación de este hombre, ó sea de este tuno—continuó pensando el alcalde, aunque parezca mentira—será la de hacernos pagar una contribución para hacerse chaquetillas azules con plata todos los maletas del reino y ultramarinos; la segunda será hincharme los morros á fuego, como aquí hemos hecho con él, y luego...

Celestina volvió en sí, y salió del pueblo en un arriero; esto es, en la mula de un arriero que, mediante tres pesetas, la restituyó al hogar paterno de Madrid.

La Venancia no volvió en sí; volvió en el confitero, con quien se casó y tuvo familia, aunque raquítica.

El cura continuó célibe.

Jesusa, el *Reservao* y los chicos de la cuadrilla, hicieron el viaje en un carro con toldo en unión de la pareja *Torta* y compañero.

Timoteo, obligado por el juez, hubo de pagar su dinero á los diestros por mediación del *Torta*, que cobró como picador civil ó chendarme, y su camarada como entra y sal.

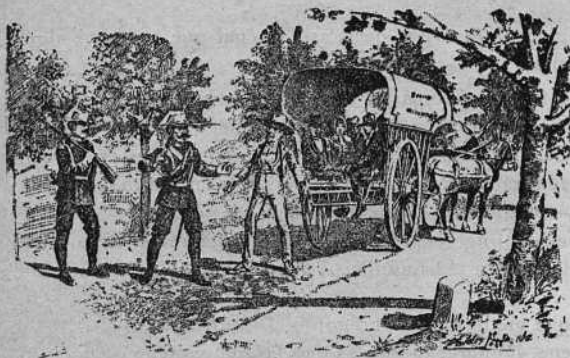
El resto de la compañía dramática quedó en el pueblo abandonada á sus propios recursos.

Media legua faltaba á la viajera para llegar á Madrid, cuando se presentó

una pareja de la guardia civil auténtica.

—Páre usted—
dijeron al carretero.

Y previas algunas preguntas, y viendo al *Torta* con su tricornio y polainas y demás accesorios, dijo el guardia que llevaba la voz cantante:



—A ver, todo el mundo preso; carretero, siga usted.

No fué alboroto el que se armó en el carro.

La Jesusa lloraba.

El *Torta* intentó arrojarle por una ventanilla del carro.

El *Cautela* quería hablar aparte con los guardias para convidarlos.

El carretero protestaba. El *Reservao*, creyendo que los dos guardias serían otro par de *Tortas*, se aproximó á uno de ellos y le tiró del bigote, diciéndole:

—¡Tunantibilis!

Y no fué *manguzá* la que le soltó el guardia.

Los descontentos del ramo de noviyeros menores que no habían ido á Villabrutanda, cuando supieron el desenlace lo comentaban en el Imperial (afueras del café), ó sea en la imperial acera.

—¿Sabes cómo ha venío el *Reservao*?

—Sí, hombre; en el reservao de maletas.

—¡Presos! Si no podía ser otra cosa.

Sin embargo, cuando iba á verlos algún amigo al *Abanico*, decía el *Reservao* contestando á los que le preguntaban algo de las corridas:

—Yo no quiero decir ná; que hable éste.

Y éste, que era *Cautela*, decía:

—Ha matao este hombre cuatro toros en una tarde, que el que menos pesaba cincuenta arrobas.

—Pues dí tú—objetó otro noviyero—que lo que ha matao no han sido toros, sino al Ayuntamiento del pueblo.

—Yo creo que pico y que castigo, ¿eh? Pues traigo en los lomos tó el plano de la plaza con incustraciones.

EDUARDO DEL PALACIO.

CAPÍTULO XII.

La familia.

Ha transcurrido algún tiempo; entre dos y tres años.

Los principales personajes de esta verídica historia han sufrido transformaciones importantes; y antes de abandonar á su destino á los unos y seguir la pista á los otros, fijemos la situación en que los encontramos, empezando por hacer otra visita á la invicta villa de Villabrutanda.

En la célebre población faltaban ya la tía Gurrumina, muerta á fuerza de años y en olor de brujería, por más de que á última hora había descargado su conciencia en el padre cura.

Este continuaba ejerciendo su ministerio trabajosamente, puesto que el año anterior, y precisamente el día del santo patrono, sin duda para solemnizarlo se había metido entre pecho y espalda una fuente tamaña de natillas. El resultado fué el de una acentuada purga, y en uno de los viajes que con este motivo hizo al anochecer á las tapias del huerto de la iglesia, un cohete disparado por el mismo tío *Ciclán* de marras, incrustándosele salva sea la parte, le produjo una *cantera*, de la que no pudo volverse á sentar á plomo en ningún lado, y sí únicamente *de media anqueta*.

El alcalde y su mujer se trasladaron á Pezuña [del Obispo, de donde ella era natural, y en donde, habiendo muerto la madre, se dedicaron á arar y trillar la herencia obtenida, á la vez que al comercio de paja, con la que engordaron... el capital.

El maestro de escuela se *falleció*, como no podía por menos, de hambre, y sin lograr el sueño dorado de dirigir la escuela de tauromaquia de Villabrutanda; y respecto al juez de paz, el secretario y *Morros*, desaparecieron, sin que nadie volviese á saber de ellos una palabra.

Por lo que hace al *Reservao* y comparsa, esclarecidos los hechos salieron del *Abanico*, pagando el pato únicamente el *Torta*, por usurpación de atribuciones y uniforme, mediante dos meses de encarcelamiento.

Enterada la Robustiana de los trapicheos de la Jesusa con el jefe de la cuadrilla, le retiró sus favores y su tabaco, otorgándoselos en cambio á un chalán de la calle de la Ventosa, que en reciprocidad de fumarse los mejores *peninsulares* del *ranchito* la exhibía orgullosamente con grandes pañuelos de Manila en la minerva de San Andrés y en la Cara de Dios.

Con este motivo, y recordando frecuentemente el *Reservao* las mórbidas formas que, gracias á las bruscas disposiciones del *Torta*, habían contemplado con admiración durante el desmayo de la Jesusa, se resolvió á entrar por el aro contrayendo con ella; pero ¡oh inconstancia femenina! á las pocas se-

manas pudo convencerse el desgraciado de que le toreaba muy en corto con un choricero, á quien tomaba muchos días el embutido.

Resignóse el *Reservao* con su suerte, y buscando lenitivo en su profesión formó con el *Pitri* la base de una cuadrilla para torear por sorpresa, esto es, cazando incautos como Timoteo y estafándolos, aun cuando en algunas ocasiones les costase el ponerse el *capuchón*. El *Noguila* y el *Percebe* pudieron hallar colocación en una cuadrilla que marchaba á Méjico, y mejoraron su suerte toreando por América; el *Cautela* acabó por abrazar el comercio de babuchas, calándose un *fez* incoloro en fuerza de mugre, y el *Trompeta* sentó plaza y justificó su apodo en un regimiento de línea.

Dos personajes, dos de los principales actores de los pasados sucesos, habían fijado su residencia algo más lejos. Venancia y el confitero se habían establecido en Albacete, abriendo una lujosa confitería en la calle de Salamanca, detrás de cuyos mostradores se habían deslizado tranquilamente los primeros meses de una dulcisima luna de miel.

Al llegar el noveno y sentir Venancia los primeros indicios de la maternidad, Citrón creyó volverse loco. Experimentó tal emoción, que la nariz acusó una desviación más pronunciada que la de costumbre y perdió un diente de los ya picados por el abuso del almíbar.

Llegó el momento feliz, y... el retoño presentó desde luego síntomas de raquitismo, y murió á las veinticuatro horas.

Renunciamos á describir el desencanto de los padres. Pepito Citrón atribuyó la causa de esta desgracia á los merengues, de los cuales había tenido Venancia durante su embarazo cuatro ó cinco empachos, y juró no volver á confeccionarlos.

Así trascurrieron otros cuantos meses, al cabo de los cuales Venancia anunció que se aproximaba el segundo alumbramiento. Entonces ya no fué emoción; fué una terrible duda la que reinó en aquellos espíritus hasta que acaeció el suceso con idéntico resultado. El disgusto se acentuó esta vez en Venancia hasta el punto de suponer que el puyazo aguantado por el confitero el día de la corrida de Villabrutanda entre la quinta y sexta costillas, influía directamente en tan lamentable éxito.

Esto no obstante, Venancia no tardó en volver á hallarse en estado interesante; y para precaver los efectos anteriores, quiso el matrimonio consultar con tiempo con el médico de la familia. Expuso Citrón lo de los merengues y Venancia lo del puyazo; y después de asegurar el doctor que ninguna de las dos cosas influían en el asunto, ocurriósele preguntar si la hija del fiel de fechos había tenido algún capricho, curiosidad ó deseo durante sus situaciones críticas.

—No recuerdo—contestó la aludida—como no sea que á veces, viniéndome á la imaginación sucesos antiguos, haya mostrado en mi interior curiosidad por ver una chaquetilla azul que danzaba en ellos y nunca parecía...

—No prosiga V.—repuso el Galeno;—mientras no satisfaga esa curiosidad no tendremos un parto en buenas condiciones.

Y salió sin detenerse.

.....

Dos días después de estos acontecimientos, Pepito Citrón, con cartas de recomendación para los Diputados de la provincia y letra abierta para una casa de comercio, tomaba el tren de Madrid resuelto á sacar del fondo de la tierra la chaquetilla azul, no sin detenerse antes en Villabrutanda por ver si cogía algún cabo de la madeja.

El cura, que fué el primero á quien visitó, le puso sobre la pista diciéndole que la chaquetilla, sin una manga, se la había entregado á él al morir la tía *Gurrunina*, y que él se la había remitido á su vez á la Jesusa por conducto del ordinario.

No quiso saber más el confitero; y tomando otra vez el tren, llegó á la corte, apeóse precipitadamente, montó en un simón, y un cuarto de hora después descendía del mismo en la acera del Imperial.

Echarse á la cara al primer maleta y preguntarle por el *Reservao*, todo fué uno.

—Está en el *Abanico*—le respondieron.

Y sin hacer más averiguaciones, subió en el tranvía de Pozas y se trasladó á la Cárcel Modelo.

Era la hora de comunicación, y no tardó en presentarse á su vista el novillero.

—Necesito de ti—dijo Pepito.

—Pus ahora no pué ser porque estoy enchiquerao.

—¿Es de gravedad por lo que estás aquí?

—Na. Que dicen que si le he timao cinco duros á un paleta que venía á contratar una cuadrilla, y como no tengo dinero pã la fianza...

—Bueno, corre de mi cuenta.

Aquella misma tarde, y previo el abono de la correspondiente fianza, se presentó el confitero en la prisión con el mandamiento de excarcelación y obtuvo la libertad del *Reservao*.

—Ahora que estás libre—le dijo—puedes ganarte además mil reales.

—¿Cómo?—gruñó el *Reservao* abriendo bestialmente la boca.

—Trayéndome la chaquetilla azul que llevaste á Villabrutanda. Según me ha dicho el cura, se la mandó á la Jesusa; y aun cuando le falta una manga no importa.

El *Reservao* fluctuó un poco entre la entrevista con su mujer y los cincuenta duros. Por fin exclamó:

—¿Le es á V. indispensable la chaquetilla?

—Tan indispensable que sin ella no lograría tener familia, que es lo que

más me interesa para dejar el pabellón de los Citrones á la altura de mis antecesores... Ya ves... Sesenta duros... ¿Te conviene?

—Aceptado. Pero necesito dinero.

—Toma cien pesetas. El resto esta noche á las nueve, en este sitio y al entregarme la prenda...

Y se separaron. El *Reservao*, que conservaba su punto de *diñida*, no se rebajaba ante su mujer; pero tampoco quería perder los treinta duros que le restaban: así es que para combinarlo todo compró una chaquetilla azul en la prendería donde solía surtirse, y cortándola una manga y envolviéndola en un pañuelo de hierbas, se dirigió al punto de la cita.

Allí esperaba ya el confitero, y le faltó tiempo para coger el lio y desatarle, y... una interjección seguida de una patada en la piedra demostró que no era aquello lo que buscaba.

—¡No es esta!—bramó.

—¿Cómo que no?

—¡Cómo que no! Aquella era azul con plata y esta es azul con negro.

Cogido en la ratonera el *Reservao*, no sabía qué contestar; pero pensó que si callaba era peor, y dijo con malos modos:

—Es que, como está vieja, se ha caído el hilillo de plata y sólo le queda la seda.

—Yo sí que te voy á poner como la seda... Impostor... Mal diestro...

El *Reservao*, creyendo que le llamaban *cabestro*, perdió los estribos, y contestando:



—El *cabestro* es usted, le soltó una bofetada al confitero, al mismo tiempo que éste dejaba caer el bastón sobre la cabeza de su contrario.

La que se armó de palos y cachetes fué terrible. Los que habían presenciado la

contienda, abrazando la causa más de su agrado, se mezclaron en ella, y por un momento sólo se vió una compacta masa de gente, entre la cual se destacaba el *Reservao* con la cara chorreando sangre y Pepito Citrón con una mano en la boca, de la que también manaba sangre en abundancia y con el bastón en la otra repartiendo *leña* á diestro y siniestro.

CAPÍTULO XIII.

Árnica.

Lo menos un cuarto de hora duró aquella situación, sin que se presentara un simple individuo del Orden.

La *maletería* ambulante se puso, como es de suponer, de parte del *Reservao*, y al pobre Citrón le pusieron, como suele decirse, á caldo, sin que él, por su parte, permaneciese inactivo.

Cuando la batalla dió fin, gracias á la *oportuna* llegada de dos *guiris* (según anunció un punto), el sitio de la ocurrencia estaba atestado de curiosos, y á juzgar por los desperfectos que se observaban en muchos semblantes, parecía aquello el desolladero de la Plaza de Toros.

—¿Quién es el editor responsable de esta gresca?—preguntó un guardia, cuya cara, más que cara, se asemejaba á un jeroglífico sin solución.

—Mire usted, señor de guardia—respondió Pepito—yo soy una persona decente con establecimiento de dulces en Albacete...

—Eso no es de la *custión*—interrumpió el polizonte.

—Bueno; pues el caso es que ese pillo hizo conmigo un trato, al que después ha faltado; y como se trata de la salud de mi esposa Venancia, para servir á usted, yo...

—Esos son *secretus* de la familia que no le importan nada á la *autoridad*. Pur lu tantu, en vista de que estamos *intercetando* la *vida* pública, á la prevención los dos, y el *espetor* se entenderá con ustés.

—Vamos donde V. quiera, señor de guardia; pero que conste que yo...

—*Chititu* y andando.

A duras penas consiguieron disolver la reunión, y el *Reservao* y Citrón echaron á andar delante de la pareja.

Previo permiso de ésta, ambos heridos, al pasar junto al pilón de la fuente de la Puerta del Sol, se reformaron los *cutis* chapuzándose de lo lindo, y momentos después penetraron todos en la prevención.

Después del interrogatorio consiguiente, fueron conducidos á la Casa de Socorro; y una vez curados volvieron á la prevención, donde hasta nueva orden fueron encerrados en un cuartucho húmedo y malsano, en la amable compañía de un borracho, que los recibió con genuflexiones forzosas.

Pasó un buen rato sin que se oyeran más que los disparates del beodo, y por fin Citrón dijo:

—¡Maldita sea hasta la hora en que á Venancia se le antojó la chaquetilla, y así se me hubieran roto las piernas antes de haber entrado en la iglesia!

—Nadie tié la culpa más que usted de tó lo que le pasa—contestó el *Reservao*.—Si hubiera usted acetao la chaqueta que yo he buscao, sin morrás ni ná se hubiá acabao tó, y usted estaría junto de su parienta más al pelo que Dios, porque pa el caso me paece á mí que lo mismo da seda negra que plata *aménica*, amos, sin brillo.

—Que no, hombre; que no puede ser eso. Si pudiera ser, ¿crees tú que hubiera yo arrostrado las molestias de un viaje, con consecuencias tan funestas como las obtenidas? Yo necesito esa chaquetilla cueste lo que cueste, y estoy dispuesto á todo.

—A ver si vamos callando—interrumpió el bebido—que no dejan ustés dormir á los ciudadanos pacíficos y decentes.

—Duerme y calla, *papalinoso*.

—Oyes, maleta. El que está *ébrito* es porque puede y porque tiene *inertuz* y *charpes*, ¿te enteras?

—Déjale, *Reservao*, y vamos á lo que importa. Amistosamente te lo digo. Con la chaquetilla mi felicidad es completa. Sin ella no vivo ni medio año, y esto último puede hasta ser causa de que se convierta en criminal un confitero honrado y de condición más dulce que los merengues que fabrica.

—Pus yo no veo el modo de satisfacer á usted.

—Porque no quieres.

—A ver, diga usted la manera ú el método.

—La cosa es sencillísima. Tú te vas á ver á la Jesusa. Con poco que hables la convences; te da la chaquetilla, tú me la das á mí...

—Y á mí me dáis la lata entre los dos—saltó el borracho.—Sus paecéis diputaos del Congreso de la prazueta de las Cortes.

—Amos, que se calle usted, señor Acitrón. ¿Cómo quíe usted que yo haga tó eso? ¿Cómo quíe usted que yo me rebaje á ese colibrí, habiéndome dao la coba como me la ha dao, pa luego pirárselas con el de los choris? Yo

seré mu mal torero, mu mala presona pa mis semejantes correlativos, tó lo que usté quiera. Pero mi diznidaz está más elevá que una guardilla, y yo soy mu hombre.

—¡Cu, cu!—hizo el borracho.

—Me paece á mí que te voy á quitar la violina y los dientes.

—¡Cu, cu!—repitió el *ébrido*.

—Déjale, y oye mi última proposición. Si no la aceptas, te juro á fe de Pepe Citrón que Albacete y el mundo entero se estremecerán ante mi venganza. Tú compóntelas como mejor se te antoje; pero si me entregas la chaquetilla duplico el precio estipulado. Es decir, doy por ella dos mil reales.

Lo que le pasó al *Reservao* al oír al confitero, no es para cóntado. En menos tiempo del que empleamos en referirlo pensó y repensó, y al cabo de pocos minutos preguntó:

—¿Eso que usté ha dicho es la chipén?

—¡Ole ya!—respondió Citrón, que también poseía nociones de chulería.

—Vengan esos bastes y cuente usté con la chaquetilla, que lo digo yo. Pero ¿el parné?...

—Te será entregado en el acto de presentarme aquella prenda.

—No hay más que hablar. Ahora no falta más sino que desde aquí nos lleven allá arriba, y...

—No lo creo así, porque solo hemos dado escándalo y eso yo lo arreglaré.

Efectivamente; á la mañana siguiente salieron nuestros héroes en libertad, satisfecha que fué por el confitero la multa impuesta á ambos. El derramamiento de sangre no fué causa agravante por conformarse ambos con los achuchones correspondientes.

—¿Con que quedamos?

—En que esta noche al anochecio me espera V. en la Plaza Mayor, arriao al jaco de bronce, y allí se arreglará tó.

—Buena suerte, y hasta luego.

Y se separaron, entrando Citrón en un café á desayunarse, tapando con el sombrero parte del vendaje que llevaba en la cabeza, y que le daba todo el aspecto de un cartel remendado con pegotes de papel de goma.

.....
El *Reservao* fué á dar con sus huesos en el *hotel* del *Pitri*, sito en la *avida* del Bonetillo, y allí estuvo hasta la una de la tarde, hora en que tomó el camino del domicilio de la Jesusa, Amparo, 114, cuarto núm. 37 del segundo corredor.

Por el camino advirtió que no había pensado en el choricero y en que éste podía impedirle la entrada, á más de romperle algo sobre lo que roto llevaba. Su indecisión duró poco, y apretando el paso llegó á la casa citada.

La portera estaba en el patio cuando el *Reservao* se acercó á ella, preguntándola:

—Diga usted, y usted perdone. ¿Vive aquí un tal Menegildo Jamoncillo, que anda en eso del embutido?

—Sí, señor. Pero se fué ayer á Candelario por mor de una partida de chORIZOS que le han encargado. Si quíe usted algo, su mujer está arriba.

—¿Su mujer?

—Bueno, ú lo que sea, que á mí no me importa. Cuarto segundo, número 37.

—Pues voy á subir, porque es lo mismo que esté ella.

—Pero, ¿qué le ha pasao á usted que lleva usted la cara como una mapa?

—Que me he caído de un andamio.

—¡Pobrecito hombre, y cómo va!—exclamó la portera mientras el *Reservao* ganaba la empinada escalerilla.

Momentos después llamaba en el cuarto núm. 37 del segundo corredor.

—¿Quién?—preguntó la voz de la Jesusa.

—Servidor—respondió el *Reservao*.

Se abrió la puerta, y la dueña de la habitación contempló breves instantes al *maleta* como si dudara, y por fin, echándole los brazos al cuello:

—¡*Reservao* de mis entretelas!—exclamó, y le arrastró hacia adentro.

.....
—Lo que es eso no lo esperes. Pídeme lo que quieras, y te lo daré enseguida. Pero la chaquetilla, nunca.

—Mira que vengo muy decidido á dar un descándalo, y no me voy sin ella.

—Si accedes á lo que te he pedido, bueno. Al choricero le barro á la carretera, y la chaquetilla es tuya.

—¿Ajuntarme yo contigo otra vez? Amos, que estás mala. Tengo yo más vergüenza que tó eso.

—¿Sí?—dijo con rabia la Jesusa al verse despreciada de aquel modo y herida en su orgullo de mujer.

Y dirigiéndose á un cofrecillo que estaba á la entrada de la habitación, abrió con nerviosa mano la tapa, revolvió unos instantes, y por último, sacó la chaquetilla azul amputada, la famosa chaquetilla, la felicidad del confitero, en una palabra.

—¿La ves?—dijo.—Pus primero la hago trizas que tú te la lleves.

Y ya se disponía á hacerlo cuando el *Reservao* se abalanzó sobre ella con ánimo de quitársela. Jesusa, con rapidez, la mudó de mano; forcegeaba él sin conseguir su objeto, y luchando salieron al corredor.

—¡Socorro, favor!—gritó Jesusa.

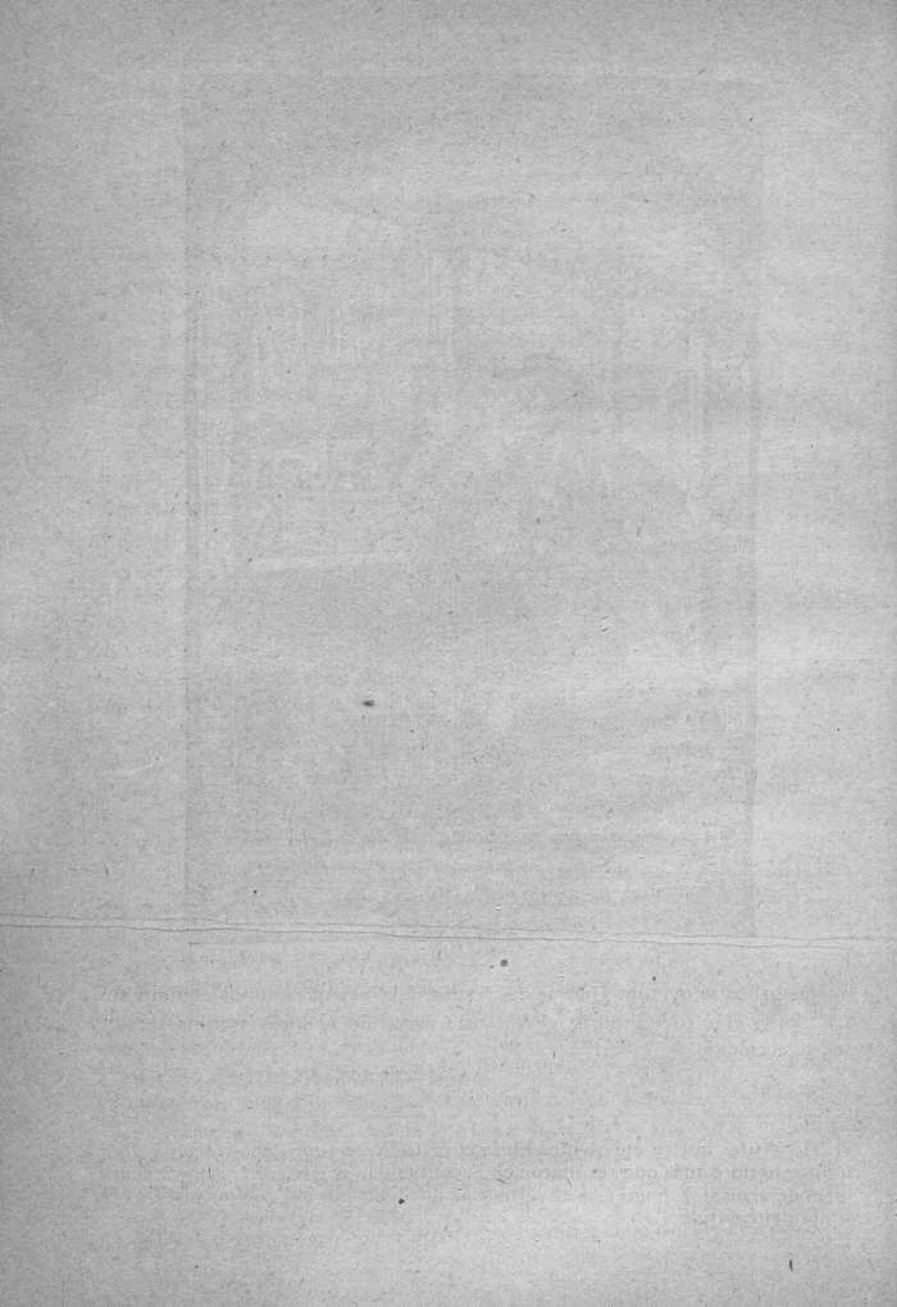
Y con un brusco sacudimiento se desasíó de las manos férreas del *Reservao*; y sacando la prenda torera por cima de la baranda, abrió la mano, que en vano trató de alcanzar el *Reservao*, y la chaquetilla descendió airosa y rápidamente hasta dar en lo profundo del hondo pozo que en uno de los costados del patio estaba situado.



Dos gritos se oyeron. Uno le dió Jesusa, á la vez que sonreía con aire de triunfo, y el otro le profirió el *Reservao*, cayendo al suelo víctima de un fuerte accidente.

ÁNGEL CAAMAÑO (1).

(1) Antes que se me olvide. En la cura del *Reservao*, Pepe Citrón y diez ó doce heridos más que resultaron en la contienda, se gastaron ¡catorce cuartillos de árnica! Y hago esta advertencia, no digan por ahí que no justifico el título del capítulo.



CAPÍTULO XIV.

El acabóse.

—¡Portero!... ¡Portero!...—salió gritando, enterada de lo que ocurría, la inquilina del cuarto 38 del mismo piso—suba V.—continuó—que la seña Jesusa está acometida en *artículo mortis* de una desesperación violácea instantánea en quinto grado.

Queridos lectores, pronunciar tales frases y salir toda la vecindad á los corredores, fué obra de un momento histórico.

El ruido de abrir puertas y ventanas, de correr cerrojos, alzar picaportes, caer muebles y el griterío producido por las exclamaciones dadas por las asustadas vecinas, daban á aquella casa un aspecto, por sus interioridades, de un verdadero motín con cadáveres naturales.

Mientras subía el portero á enterarse por D.^a Enritación, que así se llamaba la que dió el grito de alarma de lo ocurrido, el *Reservao* se levantó como los toros cuando marra un puntillero; la Jesusa también volvió á la vida pública, y ambos, sollozando, se miraron de esa manera que predice que aquellos instantes serían los postreros para tan ex-armónica pareja.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el Sr. Román, que es portero vitalicio del *chalet* núm. 114 de la dicha calle.

—*Pus na*—contestó la que demandó auxilio—que este hombre y la seña Jesusa han salido de su cuarto ajuntaos y en pleno tiberio tumultuoso; que la señora, según se desprende por lo que estos ojos han visto, ha arrojao de una manera incombustible, vamos al decir, en un acto de dislocación cerebral, una cosa parecida á uniforme de miliciano nacional desarmao, y que ha caído, por eventualidad de la Providencia propia, en las interioridades internas del pozo.

—¡Jesús y María Santísima, qué *cataclismo*!—exclamó llevándose las extremidades delanteras á la cabeza el cancerbero general de la casa núm. 114 en cuestión.

—Pues habrá necesidad de extraerlo—continuó dirigiéndose á D.^a Enrita-

ción en primer término—porque eso que V. ha dicho de uniforme nacional puede proceder de endividuo muerto por enfermedad *contagiosa* con caracteres endémicos belicosos, y dar lugar á que las aguas del pozo, hasta la hora presente potables y purgantes, se vuelvan corrosivas y hasta mortíferas para los seres humanos supervivientes inclusive.

—Yo no sé nada de lo que V. ha dicho, Sr. Román; pero lo creo prudente y acertao todo eso que acaba de concebir su despejada imaginación.

Acabado este relato, vecina y portero descendieron hasta el patio, no sin que antes quedara detenido el *Reservao* bajo la responsabilidad del Román.

En menos tiempo que se tarda en dar un sablazo en la calle de Sevilla á cualquier transeunte pudiente, se vió rodeado el pozo de mujeres, suegras en activo, y sin ejercicio, y chiquillos de todas edades y sexos.

Todos se asomaban al brocal ávidos de observar su fondo con ansiedad y curiosidad indescriptible.

Así y todo, nadie se daba cuenta exacta de lo que en sus acuáticas entrañas había.

Estando en esta operación todos los vecinos, penetraron en el patio nada menos que tres comisarios; el del barrio, el de la urbanidad pública transitoria, ó sea de la vía pública, y el de policía; también los seguía uno de la ronda secreta.

La presencia de tales personajes produjo la estupefacción natural innata en las gentes del pueblo; del griterío y vocerío que reinaba en el patio, se pasó al silencio parroquial fúnebre propio de los días de luto y consternación teocrática.

Las primeras diligencias verificadas en busca del origen de aquel estado tan anormal de cosas las llevó á efecto el comisario de barrio, dirigiendo la palabra al portero, que en unión de D.^a Enritación se personaron ante las mencionadas autoridades incondicionalmente.

—Necesito—comenzó *el* de barrio—acritud, claridad, concesión lata y expresiva, y sobre todo, un exceso escatimado de hilación de hechos, que nosotros, que representamos, aunque me esté mal en decirlo, la justicia histórica á la par que la novelera, debemos dar con el cuerpo del delito, si es que existe, ó si no pondremos, porque este es mi deber, todos los medios para que lo haya... Con que, á ver, Sr. Román, díganos cuanto sepa, sin ardoes ni vendajes, de lo aquí acaecido.

—Diré á V., señor comisario, yo ver no he visto nada; saber, tampoco sé mucho más de lo que he visto; lo único que á V. puedo manifestar es que se habla de un torero que ha vulnerado ó violentado el domicilio de una mujer unida por lo civil á un choricero ó tratante de embutidos, que se llama Jesusa, y...

—¿Jesusa se llama el choricero?—exclamó el de la secreta interrumpiendo al portero;—¡eso no puede ser!

—Me explicaré, señores,—continuó el Sr. Román;—es que yo me habré explicado bien mal; Jesusa es la esposa del Sr. Menegildo Jamoncillo, que es un tratante en cables de lomo. Pues como iba diciendo, después de la violentación referida, el maleta, como le llaman los chicos, ha salido arremolinado juntamente con la choricera, ó sea la Jesusa, y ésta ha tirado un... miliciano nacional desarmado, ó cosa parecida, al patio, y la fatalidad, ó el centro de gravedad que buscan los cuerpos, ha sido causa de que haya caído en ese pozo.

—Es mentira, es falso, no es cierto, eso del miliciano desarmado, es una falta de *dinidaz*, es un cuento de camino,—dijeron mil voces á la vez.

—Silencio en nombre de la ley, ó todos Vdes. van hacer compañía al meliciano desarmado.

—A ver, que me traigan al maleta aunque sea por teléfono—exclamó en tono imperativo el individuo de la secreta.

—Está en el piso segundo—respondieron algunos de los presentes.

—Pues que baje—replicó el rondeño.

El *Reservao*, que oculto se hallaba escuchando todo lo que se decía y se hablaba en el patio, resolvió por sí propio presentarse ante las autoridades que le reclamaban.

Apenas se le divisó en el patio, todas las miradas se dirigieron á él, y el comisario del barrio le rogó contara todo lo sucedido.

Hízolo con desembarazo y brevemente, en unión de Jesusa, que también se presentó; y una vez relatados los hechos que precedieron al naufragio de la chaquetilla, se resolvió levantar la correspondiente acta jurídica en la correspondiente prevención del distrito.

Citrón, el pobre confitero de Albacete, mientras tales sucesos se desarrollaban en el boulevard del Amparo, se encontraba, como mono sabio, á la *vera* del caballo que á diario monta en la Plaza Mayor Felipe III.

Cada minuto que transcurría en el reloj que existe en esta constitucional plaza sin venir el *Reservao*, hacíase al pobre confitero años bisiestos ó partos *negativos* de su caprichosa cónyuge. Dos ó tres veces intentó retirarse de este sitio, desesperanzado de obtener su anhelada chaquetilla, y no pocas más se vió tentado por los ofrecimientos que ciertas Magdaleñas sin arrepentimiento le hicieron para mengua y baldón de su cara mitad; pero el afán de llevar consigo á la población natal de las de *saca y mete* la prueba apetecida por su esposa, hizole desistir de ambas cosas, y tomó la determinación de quedarse en aquel páramo florecido aun cuando se convirtiera en un sorbete ó en estatua pedestre en el sitio designado por el *Reservao*.

Este, como hemos referido anteriormente, fué conducido á la prevención, sita en la calle del Carnero, en compañía de Jesusa y testigos del escándalo, y la inmediata consecuencia fué que el diestro detenido se vió pre-

cisado á dar el segundo camelo al esposo de la hija del fiel de fechos de Villabrutanda, y tener que contestar al interrogatorio de la autoridad.

—¿Qué es lo que ha acontecido entre ambos?—les preguntó el capitán de los tercios del ambo de seguridad pública.

—Nada, señor; cuestión de negocio simplemente.

—El negocio que V. alude, ¿es sucio ó es un negocio de hombre honrado?

—Señor, sucio, por desgracia; pues se trata de una chaquetilla que perteneció á uno de los moros que desalojó de esta población el general Castaños, y que la he aprovechado en varias ocasiones para desempeñar mis «funciones públicas»—contestó el *Reservao* llevándose la mano derecha á la oreja izquierda para tomar una colilla de un pitillo de los de 20 céntimos que tenía amortizada para declaraciones solemnes.

—Y V., buena mujer, ¿qué dice á todo esto?

—Miste, yo, si tuviera alcances, ó decoro femenino, vamos al decir, ó como vuestra señoría comprenderá, tuviera á mi lado un hombre legalizado ó certificado, pongo por caso, como los sobres que embuten en Correos para que... no lleguen á su destino, diría lo que mi *agüela*, que en santa gloria *haiga*, solía decir antes de *esalar* el último jipio: que lo que ha pasado entre este mal hombre y una servidora, no ha sido más que una cosa hija de una obcecación cutánea filial por parte de mi genialidad, que es una *mijita* de superticiosa sanguínea.

—En ese caso,—replicó el capitán—debe elevarse á la Sección Hidrográfica terrestre para que en vista de lo acaecido y del estado de profundidad del pozo en que ha zozobrado la ex-moruna chaquetilla, base primordial del negocio aguado de V. y del escándalo inherente consecutivo habido con menoscabo de la tranquilidad domiciliaria del distrito, falle ó resuelva acerca de este asunto fluvial.

Puestos acto seguido en libertad los detenidos, el *Reservao* se encaminó hacia donde le aguardaba Citrón; y la Jesusa, algo indispuesta y sin pronunciar una sola frase, se dirigió hacia su vulnerado domicilio, cuyo alquiler pagaba puntualmente el grasiento tratante de embutidos.

Cuando el *Reservao* llegó á la Plaza de la Constitución, las sombras de la noche cubrían todo aquel vasto jardín, y la dulce figura de Citrón no se dejaba ver por ninguna parte.

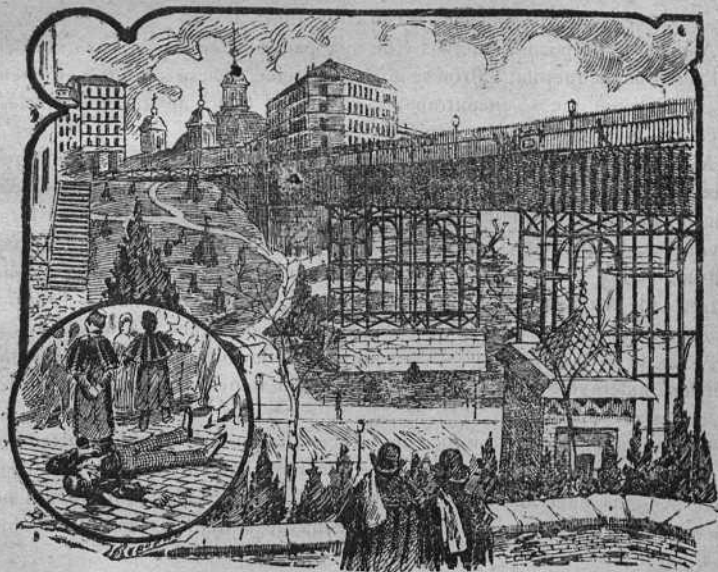
—¡Todo lo he perdido, menos la *dinida*! de hombre público!—exclamó visiblemente contrariado el *Reservao*.—¿Qué hacer en tan apurada situación? ¿Dónde se hallará el que se disponía á proporcionarme una noche buena feliz, á cambio de una indecente chaquetilla?... (¡!)

Quiso fumar, pero no tenía tabaco; intentó adquirirlo, y no encontró ni una *mota*; se sentía desfallecido por el cansancio y la *canina* que le atormentaba, y no sabía á qué escaparate de restaurant económico dirigir sus

pasos y miradas con el fin de aplacar algún tanto los dolores persistentes de estómago que le incitaban á cometer un delito de lesa gastronomía. Un sudor frío corría por su frente, como si estuviera delante de un cornúpeto en bruto; la indecisión y el malestar marcábase en su demacrado semblante de una manera horrorosa. Apoyóse en la verja que circunda el jardinillo; alzó la cabeza hacia el cielo y miró, sin darse cuenta de lo que hacía, la nebulosa esfera del reloj que exhibe una de las cuatro torres que las mal llamadas Casas Consistoriales posee para envidia y modelo de la arquitectura grotesca.

—Llegó mi última hora, necesito morir; lo siento por el arte y... por el dinero que no he podido coger de mi inolvidable Citrón—exclamó como un héroe el *Reservao*.

¿Y cómo?... ¿Con qué?... ¡Ah! Ya caigo... si... no... me falta valor... cobarde... ¿tienes miedo, habiendo vertido tu sangre tantas veces en honor del arte?... ¡Jesusa de mi corazón, adiós para siempre!



Y apenas dichas estas incoherentes frases, echó á correr, tomó la calle de Zaragoza, Mayor, entró en el célebre Viaducto, se abalanzó á la férrea barrandilla cual diestro perseguido por fiero *burel*, ganóla con suma limpieza y... un *ras* horrible se dejó oír cuando aquel cuerpo, lleno de vida y cicatrices, llegó á la acera derecha de la empinada calle de Segovia.

Aún estaría caliente el cadáver del *Reservao*, que murió con la sonrisa en los labios, señal inequívoca de que supo al suicidarse que ni la sociedad le echaría de menos y que hacía á ésta un favor saliéndose fuera de ella, cuando Citrón, que se había enterado de que la poseedora de la chaquetilla habitaba en la calle del Amparo, se dirigía hacia este apartado barrio de la corte.

Notó, en cuanto penetró en la calle citada, cierto movimiento incomprensible en todos los confiteros de provincias; sin embargo, esto no le detuvo y siguió su emprendido viaje, y cuando hubo llegado al núm. 144 sorprendióle el sinnúmero de grupos que había en portales y en medio del vulgarmente llamado arroyo; se acercó como curioso á uno de ellos, y, enterado, penetró como novillo embolado en el patio del célebre pozo.

Se aproximó á éste, y vió que un buzo municipal, asido con una cuerda á la cintura, y teniendo un palo muy largo, revolvía las sosegadas aguas de este depósito artificial de líquido potable y salubre.

Patidifuso, aguardaba, adivinando lo que en el fondo de aquel pozo se buscaba, el momento apetecido de su chifladura.

A costa de no pocos esfuerzos y de una paciencia cívica, el buzo municipal *pescó* la chaquetilla; Citrón se abalanzó á ella, la besó sin tener en cuenta el estado en que se encontraba, y se puso el rostro de un azulado eléctrico que daba terror el contemplarle.

Al ver que querían despojarle de su prenda querida, hizo la proposición que ofreció al malogrado *Reservao*, y previa entrega de la cantidad estipulada, que entregó al Sr. Román con el objeto de que se pusiera en manos de Jesús, que se hallaba en el lecho del dolor con ataques nerviosos epilépticos, Citrón, como confitero que se lleva chaquetilla milagrosa, tomó á todo correr calle Amparo arriba, llegó á su posada, hizo el equipaje, se dirigió á la estación al día siguiente, y... á las pocas horas llegaba á Albacete.

Antes de entrar en esta población un guarda de consumos notó cierto olor pútrido, y detúvole y decomisóle la prenda, en atención á que ésta procedía de aguas sucias.

Llevada al laboratorio químico de Albacete, la Junta de Sanidad determinó la inmediata quema de la amputada é incolora chaquetilla, de la que á las once y media de la mañana de la llegada á su establecimiento Citrón, no quedaban más que cenizas y media docena de lentejuelas completamente carbonizadas.

La mujer de Citrón recibió tal noticia con indiferencia, porque su suegra la había dicho que, teniendo su hijo un defecto físico para procrear seres racionales de reglamento, tenía que resignarse á tener sucesión *económica* ó raquítica, ó á buscar un *socio* para todos los trabajos domésticos, que en asuntos generales entendido, viniera á enriquecer por todos conceptos el negocio en que se había metido el confitero Citrón.

Cuando recibía tales nuevas de Albacete, supe que el tratante de embuti-

dos, en vez de ir á por una partida de chorizos á Candelario, lo que hizo fué una partida serrana á infinidad de acreedores, y muy singularmente á Jesu-sa, de la que estaba harto hasta la punta de los pelos, y eso que era calvo.

Y aqui acabó mi misión
Y murió la chaquetilla.
Si al terminar la función
No os gusta la conclusión,
Podéis mandarme á Melilla.

E. REBOLLO.

EPÍLOGO.

Estaba la mañana fría y nebulosa si las hay.

En el andén de una estación del ferrocarril, de esas que parecen casetas de peones camineros por lo pequeñas, carboneras por lo sucias y escuelas

públicas por lo desvencijadas, iba y venía un hombre embozado hasta los ojos en amplia manta zamorana.

De vez en cuando miraba hacia la vía; y como no viera lo que buscaba, que no era otra cosa que el tren, volvía con bríos al interrumpido paseo, cadencioso y hasta rítmico, por las pataditas que á compás de dos por cuatro descargaba sobre el suelo para calentarse los piés.

No era posible decir si aquel hombre, cuya silueta borrada quedaba entre la bruma, era joven ó viejo, feo ó guapo, tuerto ó derecho; sólo sí era seguro que se impacientaba por mo-

mentos, que no lograba entrar en calor, y que más de una vez renegó del tren que no venía, de las Empresas que hacían lo que les daba la gana, y hasta de la Naturaleza, que tiene el mal gusto de no estar siempre en tibio verano.

Por fin entre la niebla, cada vez menos densa, apareció á lo lejos la roja luz de la locomotora, se oyó el perezoso silbido de la máquina, (que hasta



las máquinas silban con pereza cuando hace frío), el monstruo de hierro paró en la estación, nuestro viajero cogió unas alforjas ó cosa así que tenía en el suelo, y hombre, manta y equipaje ingresaron en un coche de tercera.

«Y empezó el tren á trepidar andando
con un trajín de fiera encadenada.»

Dejó el desconocido bien acondicionadas las alforjas, se acomodó él lo mejor que pudo tapándose con la manta, y dispúsose á dormir como un bendito en la seguridad de no pasarse de la estación de destino, puesto que á Madrid venía y allá le despertarían los encargados de recoger los billetes.

Pero el hombre propone y *ellas* disponen. Cuando nuestro héroe iba conciliando el sueño paró el tren en otra estación, abrióse la portezuela del

coche, entró en él una mujer, y se sentó frente por frente del soñoliento viajero, al que saludó con un gracioso «buenos días», de esos que los hacen parecer buenos por muy malos que ellos sean.

Era ya completamente de día cuando entró la viajera.

El sol disipó la niebla y la luz se hizo.

*
* *

¡Vaya una mujer!

Era una de esas madrileñas verdaderamente chulas con la sal por arrobas y la hermosura por toneladas; de

pelo castaño abundante y rizado, peinado como se lo peina en Madrid la gente de pañuelos de Manila; tez blanca, rosada, transparente; y unos ojos capaces de hacer volar un polvorín.

Una mujer de esas que Dios hizo para perder al sexo feo.

La gracia andando. La estética en movimiento. De esas hembras

«que en los labios de todo el que las mira
casi se ve cómo palpita un beso.»

Y uno y más de uno palpitó en los del viajero desde que la moza se entró allí: ya no pudo cerrar los ojos ni apartarlos de los de su compañera, que



miraba distraída la campiña, sin cuidarse del efecto producido, pues sabía que siempre era el mismo.

El hombre de la manta se desembozó, tomó una postura conveniente, estiró el chaquetón, arreglóse la faja, sacó de entre sus pliegues la cadena del reloj, medio oculta por ellos, y se dispuso á entrar en conversaci6n con la viajera.

Varias veces lo intentó, pero nunca encontró la frase.

Por fin rompió con la corriente de:

—¡Qué frío hace!

—¡Claro! Como que estamos en invierno—respondió la chula.

—Sí, pero unos días hace más frío que otros, y hoy...

—Sí, hoy hace más porque otros hace menos. ¡Vaya un percall!

—El caso es que yo no tengo...

—¿Qué, percall?

—No, señora; frío.

—Pues usted se lo dice todo. ¡Ay qué guasal!

—Diga V., ¿va V. muy lejos?

—A Madrid.

—Allá vamos todos. Ya conocí yo que era V. de allí, porque por estos pueblos no se ven mujeres tan... tan...

—Tan tarantán que las uvas son verdes. ¿Se va V. á quedar conmigo?

—¡Si quiere V.!

—¡Yo que he de querer, hombre! En ningún sentio. No me gustan los paletos. ¿Se va V. haciendo el cargo?

—Muchas gracias.

—Mandar.

—Pues de entre ellos venía usted.

—Cosas de la vida. ¿Sabe usted? Tengo una hermana casada en Fuenteadoquín, y he venido al bautizo de su primer chiquillo.

—Casualmente yo soy de Fuenteadoquín; pero hace poco me nombraron secretario de Villabrutanda y...

—¿Es V. secretario de Villabrutanda? ¡Ay qué salero! Pues no ha sonao poco ese pueblo por Madrid. Todos los días se le nombra, y desde que se dió una corrida que torearon el *Reservao* y el *Pitri*, es más conocido ese pueblo que la Ruda. ¡Pues poquito que nos reimos de aquel alcalde y de aquella señorita *averiá* que se comía los dulces por arrobas, y de aquel cura que tiraba cuetes apuntando.

—Pues por mor de la corria voy yo á Madrid. Llevo un oficio del Ayuntamiento pal director de *El Toreo Cómico*, que ha de dar que hablar, porque la mitá de lo de la corria fué grilla y ha habido muchas personas lastimadas, y ó el periódico rectifica, ó se va á armar la de Dios es Cristo.

—¡Qué miedo!

—Al menos que V. no me mande lo contrario, pues entonces, ni voy á Madrid, ni vuelvo á Villabrutanda, ni hago caso de na, ni de nadie, porque sepa V. que me tiene usted *mermo* ende que la vide, y que...

—¡Ay qué risa! Pues no le da á V. poco fuerte. Pero no siga. Miste, yo soy torera desde la punta del pié hasta el moño; ¿está V.? Y todo lo que no sea torero me empalaga, y me tomo mejor unos callos con cualquier maleta que una de esas comidas en francés con un señorito. Con que á callar tocan, y no se meta en indróminas ni pase fatigas, que no hay de qué.

—Es que yo por V. me hago torero y mato hasta el toro del Zodiaco.

—Matar es. ¡Valiente pinta tiene V. pa torero!

.....
En esto el tren paró de repente, produciendo un pequeño choque en los vagones.

La cabeza del secretario fué á dar con la cara de la chula.

—¡Benditos sean los trenes!—aulló aquél.

—Mal rayo parta al ferrocarril y al que lo inventó—dijo ella.

De buena habían escapado.

Lo que sólo fué una peripecia pródiga en incidentes cómicos, pudo ser una formidable avería.

Una gran piedra desprendida de la montaña acababa de cerrar el paso á la locomotora.

Afortunadamente el maquinista la vió á tiempo y evitó la catástrofe.

Fué preciso echar pié á tierra y enviar un propio á la estación más próxima para pedir auxilio á la capital.

Mientras tanto se hacía forzoso esperar.

Vinieron primero los comentarios de ene; después, como la mañana había quedado hermosa, formáronse grupos, cada cual sacó las provisiones que llevaba y se hizo un almuerzo campestre, tanto más agradable cuanto era improvisado.

El secretario no se separaba de la chula. Esta había aceptado algún que otro obsequio *comestible* de su adorador, y hasta estaba dispuesta á probar el mosto que en hinchada bota le ofrecía.

Todo era algazara y franca bulla, cuando hé aquí que se presenta en escena un toro, un toro de verdad, un cornúpeto auténtico, que se paró un momento al ver los grupos, movió las orejas, agitó la cola y se dispuso á la embestida.

No hay que decir lo que allí pasó.

Los menos tuvieron ánimos para correr.

Los más quedáronse petrificados de espanto.

Entonces aquel secretario de pueblo, aquel paleta que así era torero como Frascuelo-obispo, cogió su manta, la desplegó, se fué al bicho, y sin saber lo que hacía, guiado sólo por el instinto, empezó á dar navarras y verónicas,

recortes y más recortes, hasta que el toro, jadeante, se echó rendido, de tal modo que, cuando vinieron á arroparle los cabestros para llevarlo á la vaca-da, apenas podía tenerse en pié.



! ¿Será preciso pintar la escena que siguió luego?

La chula se llegó al héroe, le tendió la mano y le dijo:

—Es V. un hombre que vale por toda una cuadrilla. Chocusté, y... no digo ná, porque en la cara llevo escrito lo que pienso. Léalo usted.

* * *

Fué pacto hecho.

El tomaría una casita en Madrid, vivirían juntos, se dejaría coleta, tiraría

aquel traje de paleta indigno de él y entraría, por de pronto, en el matadero, más tarde en la cuadrilla de un espada de cartel, y luego, ¡la mar!

Todo se hizo al pié de la letra. Como el hombre tenía muchas, aprendió en poco tiempo todo lo que de torear se ha escrito desde Pepe Hillo á Domínguez.

Lo que es teoría no le faltaba.

Era preciso unirla á la práctica; y como la hazaña de marras habíale dado gran popularidad, enseguida encontró cuadrilla con quien hacer la primera salida.

Llegó el día del debut.

Anuncióse antes el nombre del nuevo diestro con letras gordas; hubo curiosidad en el público por conocer al exsecretario y la plaza se llenó de bote en bote.

Salió el toro que él debía parear, deslió el debutante su capote, se lo echó al bicho, y entonces el que estimulado por el amor propio y guiado por el

instinto rindió á un toro cuando nada sabía de tauromaquia, al poner en práctica lo aprendido en libros, fué cogido, volteado, recogido de nuevo y arrojado al fin contra el estribo, hecho una masa informe.

Al llevarle muerto á la enfermería se le encontraron en un bolsillo de la chaquetilla dos cartas.

La una, empapada en sangre é ilegible, estaba dirigida á *El Toreo Cómico*. Aquella de que era portador y no entregó.

La otra, perfectamente legible, encerraba un testamento en toda regla á favor de la chula.



Cuando pasados los momentos de duelo, la heroína de este epílogo se disponía á ir al pueblo del testador á recoger el legado, oyó gritar el extraordinario á un periódico noticiero.

Lo compró y leyó lo siguiente:

«INMENZA CATÁSTROFE.

»Gobernador de Barbaria á ministro de la Gobernación:

»Un terremoto horrible acaba de enterrar las aldeas de Villabrutanda, Fuenteadoquín, Zopencos de la Sierra, Baticola de Abajo y todas las del distrito de Villapezuña y comarcas.

»Según informes de la pareja de servicio, los habitantes de aquella región

se han salvado todos por no hallarse en sus casas á la hora del fenómeno, y se han diseminado por toda España.»

Nuestra heroína no siguió leyendo, perdió la color y cayó desmayada, siendo conducida á la Casa de Socorro por un municipal.

No se volvió á saber de ella.

La pareja á que aludía el gobernador en su telegrama había dicho la verdad.

Los de Villabrutanda y sus vecinos se han diseminado por España.

¡Dios nos tenga de su mano!

PASCUAL MILLÁN.

FIN.

IMPORTANTÍSIMO.

Debemos dar una explicación á aquellos de nuestros lectores que no hayan leído esta obra según la fué publicando *El Torero Cómico*.

LA CHAQUETILLA AZUL se escribió sin pensamiento fijo; D. Federico Mínguez fué el autor de la idea, y de antemano prefijó los capítulos de que había de constar y sus títulos, señalando á cada capítulo su autor correspondiente.

Sujetos, pues, al programa dado, cada cual escribió su capítulo cuando le llegó el turno, sin ocuparse de otra cosa más que de crear dificultades que habían de ser vencidas por el ingenio de unos y otros.

A última hora, y espontáneamente, se brindaron á honrar el libro en cuestión los Sres. D. Francisco Asenjo Barbieri y don Pascual Millán, encargándose respectivamente del prólogo y del epílogo.

De lo dicho resulta que LA CHAQUETILLA AZUL es más que otra cosa una humorada, que si es del agrado del lector quedarán satisfechísimos todos los que en su confección tomaron parte.

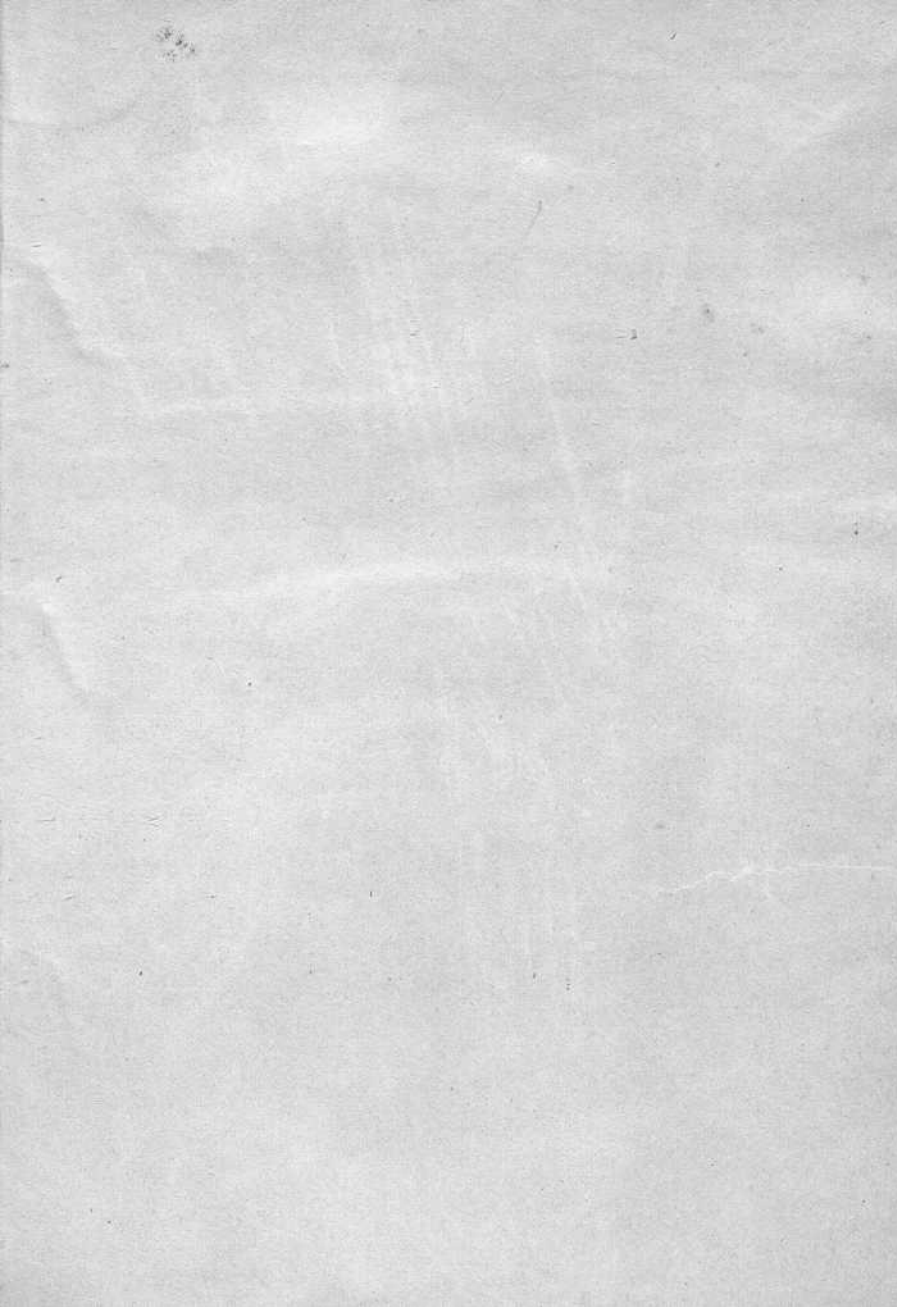
IMPORTANCIA

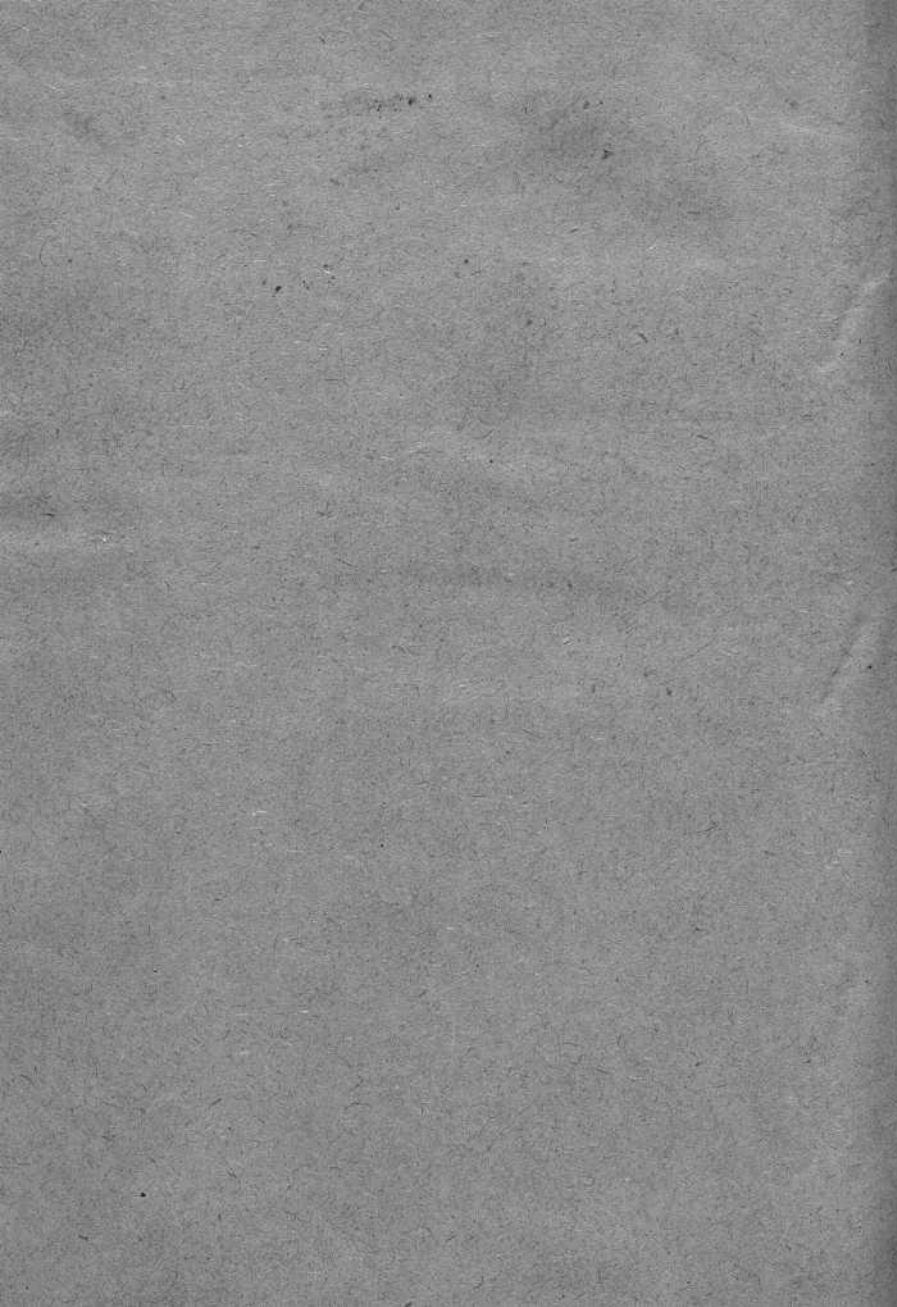
La importancia de la educación en la vida de un individuo es un tema que ha sido tratado por muchos autores. En este sentido, podemos decir que la educación es el proceso mediante el cual se transmite el conocimiento y se forman las actitudes y valores de una persona. Este proceso es fundamental para el desarrollo personal y social de cada individuo.

En primer lugar, la educación permite al individuo adquirir conocimientos y habilidades que le permitan desenvolverse en la sociedad. A través de la educación, se le proporciona una base sólida de conocimientos que le permitan tomar decisiones informadas y actuar de manera responsable.

Además, la educación contribuye a la formación de valores y actitudes que son esenciales para la convivencia en una sociedad democrática. A través de la educación, se inculcan valores como el respeto, la tolerancia y la solidaridad, que son necesarios para la construcción de una sociedad justa y equitativa.

Por último, la educación es una herramienta poderosa para el desarrollo personal y social de un individuo. A través de la educación, se puede mejorar la calidad de vida de una persona y contribuir al bienestar de la sociedad en su conjunto.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número 484

Precio de la obra.....

Estante 1

Precio de adquisición..

Tabla... 8

Valoración actual.....

Número de tomos.

